



EMMA M. GREEN

iTú te lo buscaste!

Addictive  Publishing

4



EMMA M. GREEN

**¡Tú te lo
buscaste!**

Addictive  Publishing

4

En la biblioteca:

Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

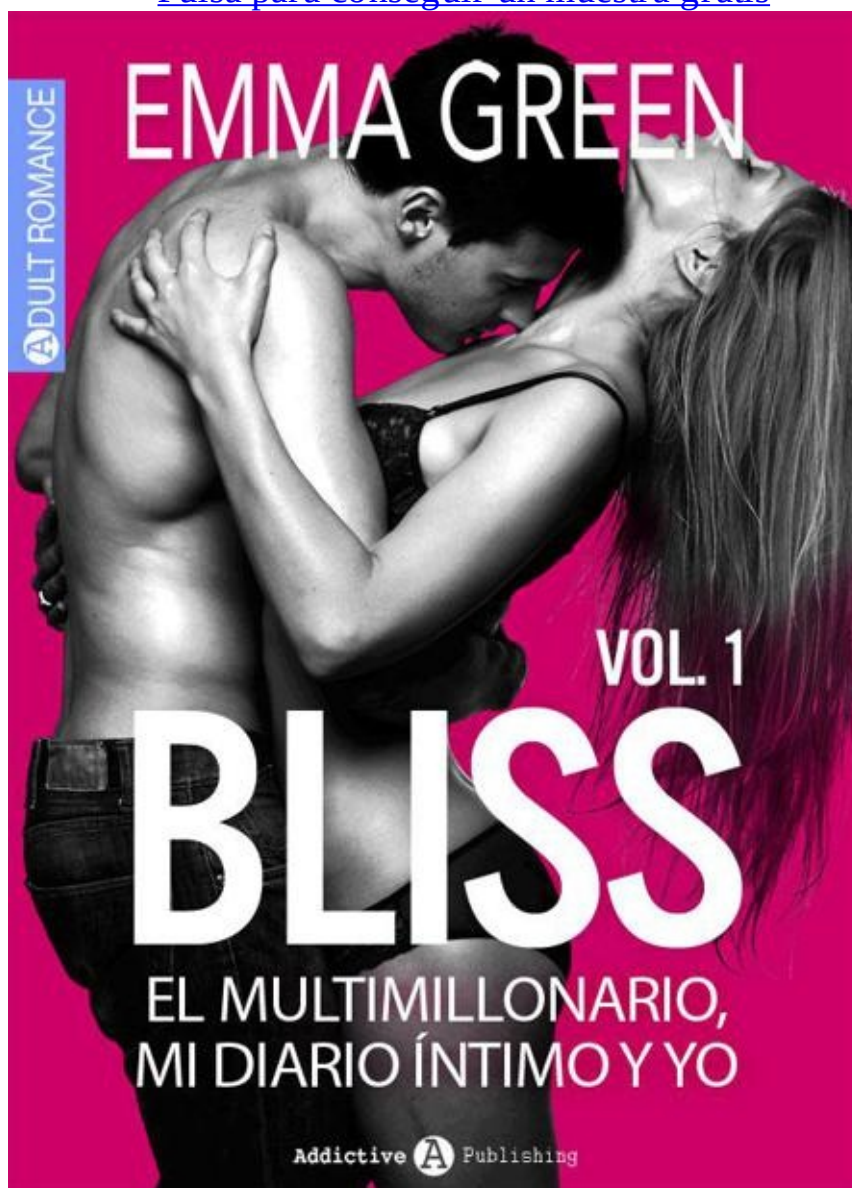


En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto... Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño... aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.

Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo... o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán... aunque no quieran.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

ROSE M. BECKER

EL BEBÉ, MI MULTIMILLONARIO Y YO



Addictive  Publishing

En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



Emma M. Green

¡Tú te lo buscaste!

Volumen 4

ZNIL_004

1. Sabia decisión

Valentine

Nils... ¿Un asesino?

Se supone que el objetivo de la Black Gala es recolectar fondos reuniendo a varias estrellas vestidas de negro. En todo caso, eso es lo que contarán, a partir de mañana temprano, las páginas de las revistas de espectáculos y los sitios de Internet que no tendrán nada mejor que decir. Pero en ningún lado estará escrito que este evento de caridad mandó muy lejos mis creencias más profundas. Y sin embargo, siento como si estuviera presenciando uno de esos momentos clave, cuando uno todavía no sabe qué dirección tomará su vida, pero que puede presentir desde ahora que dará un giro radical.

Justo ahí, en medio de la noche y del vestíbulo lleno de gente, Milo acaba de acusar a Nils de asesinar a una rica heredera... y por lo tanto, de tener las peores intenciones conmigo. El primero ha bebido ligeramente de más, o por lo menos lo suficiente para tener el valor de enfrentar a su rival. El segundo no tembló ni un instante: eligió huir en vez de defenderse. Mientras que lo miro alejarse, con el corazón hecho pedazos y el estómago hecho nudo con miles de preguntas, Milo se burla a mi lado, con una voz demasiado fuerte y gestos sin control:

– ¡Valentine, abre los ojos, maldita sea!! ¡Ni siquiera intenta negarlo! ¡Le abriste la puerta a ese hombre, le confiaste toda tu vida sin siquiera saber nada de él!

Sus palabras entran en mi cerebro, lentamente, como un suero de la verdad ardiente. Luego el Vikingo da media vuelta, a veinte metros de allí. Su mirada gris acero me fusila. Le bastan algunos pasos, inmensos y ágiles, para venir a plantarse frente a mí. Cerca, muy cerca. Su figura de iceberg me domina, sus ojos glaciares me petrifican, su aliento fresco se filtra entre mis labios abiertos, y su voz grave llega hasta mí como una ola poderosa, devastadora.

– No voy a justificarme frente a ese idiota. Si quieres la verdad, sígueme.

Dos frases, trece palabras. Es todo lo que se necesitó para que la ola me arrastrara con él. Nils me ha salvado la vida dos veces ya, me siento obligada a darle una oportunidad. Una sola. Dejo ahí a Milo, Aïna, Roman, Charlie y sus ojos redondos, inquietos, furiosos. Tomo la salida, recorro la alfombra roja desierta, atravieso la calle sin mirar, sigo a mi *bodyguard* en traje negro, que camina frente a mí, sin voltearse jamás, seguro de que lo estoy siguiendo.

Nils se detiene frente al auto negro que nos trajo hasta aquí y golpea con la palma de la mano la ventanilla delantera. Dos veces. Ted, el chofer, sale precipitadamente ajustándose el gorro en la cabeza. Mientras llego hasta ellos, veo al coloso rubio dejándole un billete de cien dólares sobre el torso antes de murmurarle, suavemente pero con firmeza:

– Toma un taxi. Ahora.

Luego Ted se va y Nils se sienta detrás del volante. Azota la portezuela con un gesto brusco que me pareció decir: « ¡Tú, la princesa, sentada! ¡Aquí! ¡Y pronto! » Jamás dejaría que un hombre me hablara con ese tono, que me diera órdenes como si fuera un perro, pero aun así obedezco. Como hipnotizada. Tomo el asiento delantero, el del copiloto, preguntándome si estoy cometiendo la peor estupidez de mi vida, si este hombre con modales de cavernícola va a dejarme muerta en la cajuela de

este auto, o a hacerme firmar un seguro de vida para poder recibir una enorme suma después de degollarme. Y comienzo a esperar que por lo menos hagamos el amor antes.

Esta vez es seguro, estoy desvariando.

Nils cierra con seguro el auto desde el centro de control pero no enciende el motor. Se desamarra la corbata mirando directo hacia el frente y rodea su mano con la tela como si fuera la venda de un boxeador. Me estremezco. Pero extrañamente, no tengo miedo. Tengo frío, calor, náuseas, pero miedo no. Me jalo el vestido (definitivamente demasiado corto) y su voz grave resuena en la cabina como un cerro partiéndose.

– De Clare no sabe nada de esa historia. Fue uno de los tantos fracasos de mi padre, a quien tuve que rescatar moviendo mis relaciones en la policía. Samuel recién acababa de salir de la cárcel. Tuvo la genial idea de hacerse mantener por una mujer tan vieja como rica. La sedujo. La convenció de que modificara su testamento a su favor. Y con eso pensaba asegurarse un futuro tranquilo. Sólo que la abuelita murió en un accidente sospechoso poco tiempo después. Mi hermano no tuvo nada que ver con eso. Pero unos investigadores demasiado dedicados a su trabajo y demasiado idiotas concluyeron que había sido asesinato sin ir más lejos. Sam no tenía coartada, sus motivos parecían evidentes y, con su historial de fraudes, todo lo acusaba. Yo era policía, así que hice lo posible para evitarle la cadena perpetua. Por mi parte, no fui acusado de nada. Me vi envuelto en ese problema para salvar el trasero de mi hermano. Como siempre. Eso todo lo que hay que saber.

– De acuerdo... - farfullo con una voz casi inaudible.

– Otra cosa: la próxima vez que Milo de Clare se divierta mandándome a investigar por un detective privado, recuérdale que conozco a todos los de aquí.

– OK... - asiento estremeciéndome.

Siento la mirada de Nils recorriendo la carne de gallina por mis brazos, mis muslos desnudos. Eso me perturba pero no basta para calentarme. No sé qué pensar, qué sentir, ni siquiera por qué tengo tanto frío. Sólo quisiera que dejara de mirarme, para poder pensar.

– Y una última cosa - murmura el gigante frío a mi lado - ese vestido es definitivamente demasiado corto.

Él se inclina hacia el frente, recarga la mandíbula sobre el volante, se quita el saco con un gesto sutil y luego lo extiende sobre mí como una cobija. Este es tan grande, tan largo, que logra cubrirme de los hombros a las rodillas. Me acurruco en él y me dejo ir contra el reposacabezas. Mi cerebro en ebullición se tranquiliza por fin. Le creo a Nils. Creo que le creo. Digamos, en un 99,9%. La minúscula duda que subsiste en el fondo de mí me permite solamente permanecer alerta, no ceder totalmente ante su voz hechizante, su mirada fascinante, sus gestos protectores, su aplomo infalible (y totalmente exasperante). Me siento aliviada de que me haya dado esa explicación sin rodeos, sin que necesitara pedírsela, sin dejar preguntas sin respuesta. Tengo las ideas claras. Durante algunos segundos, estuve a punto de creer que el disfraz de Vikingo irresistible escondía a un espía, un manipulador, o peor aún; a un asesino. Todavía no sé lo que se encuentra debajo de la armadura, pero eso no me preocupa. Ya no.

Casi.

– ¿Tienes algo que decir? - me pregunta abriendo los botones de sus puños, antes de enrollarse metódicamente las mangas de la camisa.

– Sí - digo recobrando por fin el ánimo. - Gracias por no haber destrozado a Milo.

– Ni sus huesos ni su ego lo hubieran soportado - se burla Nils abriendo y cerrando los puños, como si estos se lo hubieran pedido. - ¿Alguna otra cosa?

– Sí. Deja en paz mi vestido - anuncio muy seriamente, sosteniendo su mirada.

Los ojos de niebla dejan los míos para ir a rozar su saco negro, ahí donde mis muslos desnudos se cubren (y se estremecen, pero Nils no necesita saber eso).

– Si quieres regresar a esa gala, te espero aquí - declara mirando al vacío, con una sonrisa sobre los labios.

– No, regrésame a casa - decido, encendiendo yo misma el auto.

– Sabia decisión - concluye, aparentemente satisfecho.

Mi *bodyguard* conduce en silencio hasta la mansión Cox. Me dejo arrullar por el suave ronroneo del cómodo auto. Me dejo invadir por mi propio calor bajo el saco de Nils y por un sentimiento extraño, mezcla de serenidad, tensión, seguridad y vulnerabilidad. A medida que dejamos la animación nocturna de L.A. para entrar en la quietud de Santa Monica, me repongo suavemente de mis emociones, respondo los mensajes enloquecidos de Aïna para tranquilizarla, vuelvo a pensar en Milo y su prisa por quitar al coloso de su camino (sin duda con buenas intenciones). En este instante, tal vez mi vida ha dado un giro. Pero no el que temía. Confío en mi chofer para hacerse cargo del camino y me duermo contra la ventanilla.

Nils me cargó del auto hasta mi habitación, sin despertarme, todavía abrigada con su saco. Él me coloca delicadamente de pies, justo frente a la puerta, sin invitarse a entrar a mi mundo. Le resoplo un gracias y le regreso su saco. Él me sonrío. Con un ligero tono de burla en su voz grave, murmura:

– Puedes darme tu vestido también, si quieres.

– ¿Para que lo conviertas en confetti? No gracias.

– No... Finalmente, creo que podría quedarme bien... - me provoca comiéndome con la mirada, de arriba hacia abajo.

– Ni siquiera lo intentes - susurro, sintiéndome flaquear.

– Buenas noches, princesa consentida.

El Vikingo se burla en silencio y se va, caminando hacia atrás, en medio de la obscuridad. Bien pudo haberlo intentado un poco más.

¿Puede ser que se dé la media vuelta, como en la Black Gala?

¿Puede ser que espere que lo alcance esta vez?

Pero Nils se voltea y se aleja, con el saco colgado de un dedo sobre su hombro.

Y mierda, nuevamente tengo frío.

Al día siguiente, estoy de regreso en la torre Cox y en la vida normal. Mi guardaespaldas y yo no hemos vuelto a hablar desde el incidente de la noche anterior. Me paso la mañana encerrada en mi oficina, ignorando las llamadas de Milo en mi teléfono y riendo ante los divertidos mensajes de Aïna que quieren hasta el más mínimo detalle de la historia.

A la 1 de la tarde, llego al vestíbulo para recoger mi entrega de sushis: tengo demasiado trabajo como para considerar una verdadera pausa para comer el día de hoy. Samuel Torres sale del ascensor al mismo tiempo que el repartidor.

– ¡Hola Valentine! - me dice jovialmente el castaño. - Si quieres una encantadora compañía en vez de pasar una hora sola frente a tu computadora, ¡me ofrezco como voluntario!

– Voy a hacer como si no hubiera escuchado nada - le digo amenazándolo falsamente con la mirada. Faith viene en camino.

Generalmente, ellos dos comen juntos, y mi intuición me dice que no sólo comen (a juzgar por el largo tiempo que mi asistente pasa arreglándose frente al espejo del baño de mujeres antes de ver a

Samuel... cuando no es él quien llega directamente al baño con ella).

– De todas formas, mi adorable hermano me convertiría en comida para su adorable wombat si me ve acercarme a ti - ríe con un aire de complicidad.

Una señal de alarma resuena en mi mente: ¿será que el gigante, que es más bien del tipo callado, le contó algo a Sam o se mostró posesivo?

– Tienes suerte, Nils acaba justamente de bajar para ir a comprarse algo de comer - respondo, falsamente indiferente.

– Ya sé, lo vi molestarlo porque el sujeto del puesto de hot-dogs no quería venderle diez de golpe.

– ¡Ay, esto va a terminar mal para él! - bromeo por mi parte. - Parecía estar molesto por algo de una heredera muerta, creo...

Le lanzo como si nada, para encaminar a Samuel hacia el tema. En vista de lo parlanchín que es y lo mucho que le gusta fanfarronear, creo que bien podría contarme su desventura él mismo. E informarme un poco más acerca de ese minúsculo 0,1 % que cosquillea mi mente perfeccionista. Sólo para tener el corazón más tranquilo.

– ¡Ah, eso! - responde de inmediato. - No es nada grave, no te preocupes. Bueno, sólo para ella, pobre... Vivíamos una bella historia de amor hasta que... En fin, una vez más, mi hermano jugó al superhéroe para salvarme. ¡Todo el mundo creyó que había sido yo quien hizo arder a Jacqueline junto con toda la casa! Es algo irónico tener tanto dinero y nunca haber mandado a deshollar la chimenea... Al final, Nils solo cobró algunos favores para evitarme llegar a prisión. Por primera vez, yo era inocente... ¡No tenía por qué pagar los platos rotos! O en todo caso, la parrillada...

Si paso por alto su terrible sentido del humor, el relato de Samuel coincide perfectamente con la versión de Nils. Y disipa todo rastro de duda al fondo de mi cabeza dura. Aprovecho tener de frente al hermano más elocuente de los dos (y no es poco decir) para averiguar más. Y le agradezco al cielo que Faith se tome su tiempo para maquillarse y asegurarse de tener el aliento fresco.

– De hecho, ¿conoces a una tal Tilly? - pregunto con el tono más neutral posible. - Tilly Gomez, creo...

– No me suena a nada, ¿por qué?

– No tiene importancia.

Una gran mentira, si tomamos en cuenta que los sobres llenos de dinero que Nils envía regularmente a esta mujer me acosan hasta hacerme perder el sueño, y han despertado en mí el sentimiento que más odio e intento contener: los celos.

– Me disculpo por adelantado, Valentine, retoma Samuel apenado. - Si es una amiga tuya a la cual le hice promesas, estoy seguro de que pensaba cumplirlas cuando las pronuncié. Encontrarme en estado horizontal me hace decir cosas que...

– Ni te canses, Don Juan. ¡Y no le vayas a hacer falsas promesas a Faith! - digo frunciendo el entrecejo, fingiendo maldad. - Es una joya.

– Estaría muy de acuerdo contigo... si tan solo no perdiera tanto tiempo poniéndose un labial que ni siquiera voy a notar.

– ¡Confórmate con decirle que es bella cuando llegue!

– ¡Lo haré! - asiente con una sonrisa. ¿Me acompañas mientras tanto? Sé que te privé de la deliciosa compañía de tus sushis, pero bueno...

– ¡Me quedo si me cuentas una historia vergonzosa de Nils! – trato hecho.

– OK, espera... Estoy seleccionando una en mi cerebro poderoso - me explica con los ojos cerrados con fuerza, pareciendo concentrado. No, esos son los archivos de peleas... esos los de custodia... Espera un poco... Sección de fugas... Persecuciones con la policía... Lista de familias de

acogida que volvimos locas y que prefirieron regresarnos... Carpeta de chicas que nos peleamos... Vaya, qué extraño, mi carpeta de victorias está vacía y la de él desbordante...

– ¡Deja de jugar al modesto! - digo estallando de risa.

– ¡Ah, aquí está, los archivos top secret! - lanza volviendo a abrir los ojos.

– Samuel Torres, ¿tengo que cortarte la lengua? - gruñe Nils apareciendo en las escaleras, casi sin aliento.

– ¡Mierda! ¿Todavía puedes subir a pie después de comerte diez hot dogs?

– ¡Puedo mandarte a ti y tu falsa admiración por la ventana si quieres!

Los dos hermanos se lanzan indirectas como si nada ni nadie existiera aparte de ellos, pero puedo entrever en esta relación conflictiva una verdadera complicidad, un cariño que es muy evidente. Puede ser que no tengan ni una gota de sangre en común, y sin duda tomaron caminos diferentes una vez que se convirtieron en adultos, pero imagino que jugar a los rebeldes juntos en la adolescencia y compartir una infancia igual de caótica debe crear lazos indestructibles. Me conmueve saber que Nils Eriksen quiere a alguien, sin importar lo diferente que sea a él, y que es capaz de mantener una relación profunda, sincera y durable con otro ser humano.

Todos esos misterios del pasado, las heridas y los sentimientos escondidos del Vikingo me fascinan, me conmueven, me intrigan. Lo miro disimuladamente, mientras que él continúa su debate verbal con Samuel. Y busco el corazón que late bajo los músculos, la sonrisa que se asoma bajo su actitud seria, la empatía detrás de ese eterno deseo de controlarlo todo. Sé que Nils es capaz de mostrar ternura, devoción, bondad: ya lo ha hecho antes conmigo. ¿Pero amor? Nada es menos seguro.

En cuanto a la razón de mi interés... ¡Siguiente pregunta!

Faith llega por fin, interrumpiendo secamente la pelea de gallos entre el rubio y el castaño (y mis preguntas existenciales de paso).

– ¡Ay, mis ojos! ¡Demasiado linda! - se burla Samuel haciendo como si estuviera deslumbrado, con una mano tapándose los ojos.

Esto logra hacer reír a mi asistente, quien al parecer no tiene ningún problema con el humor pesado. De inmediato me doy cuenta de que ella nunca se ríe de las bromas que yo hago. El seductor me lanza un guiño todavía más pesado y luego Nils le susurra « ¡Eres hombre muerto! » antes de que suban al ascensor. Otro joven sale de este, con un casco de motocicleta en la cabeza y un enorme ramo de rosas amarillas en los brazos.

– ¿Valentine Cox? - pregunta en general.

– Soy yo.

El repartidor deja las flores sobre el mostrador de la recepción, me hace firmar sobre un pequeño aparato con pantalla táctil y desaparece de inmediato. Tomo la tarjeta puesta en la cima y reconozco de inmediato el espeso papel iridiscente, decorado con un borde dorado y marcado con las iniciales de la familia De Clare.

« Si quieres perdonar mi lamentable comportamiento de anoche, podría explicártelo. Tuve un malentendido con mi detective privado. Lo eché. Ya te extraño. ¿Nos vemos? Milo »

Le regalo las flores a Payton, la telefonista que tiene varias dificultades en la recepción y luego regreso a mi oficina enviándole un mensaje a Milo:

[Efectivamente tu actitud fue más que lamentable. Está bien que lo admitas. Pero me parece que es a Nils a quien le debes una disculpa. V]

Frío, tal vez, pero tiene el mérito de ser claro. Continúo mi camino, pero olvido que mi guardaespaldas tiene la capacidad de caminar muy silenciosamente, a pesar del centenar de kilos de

músculo que tiene que mover. Me sobresalto cuando su voz grave choca contra mi nuca:

– Espero que De Clare no piense redimirse con flores color orina.

– No sabes quién las envía. Tengo más admiradores secretos de lo que piensas, improviso frente a la puerta de mi oficina.

No hay razón para que yo sea la única que sienta esa tonta invención que son los celos...

– Tal vez - responde el Vikingo sin temblar. - Pero las rosas amarillas son las flores del perdón, cuando uno no tiene imaginación. Y tu cumpleaños es mañana. Ya pedía que intercepten todos los ramos del día. No puedes esconderme nada, Valentine.

¡Ña Ña Ña Ña Valentiñe!

– Pfff, tu vida debe ser tan aburrida... - suspiro molesta. - ¿No te cansas de saberlo todo? ¿Te ha llegado a pasar alguna vez que te dejes sorprender?

– ¿Para hacer qué?

– ¡Para cambiar!

– Mi trabajo es controlar todo - anuncia el *bodyguard* con su voz más grave y su mirada más negra.

– ¡En ese grado, ya no es un trabajo, es problema de personalidad! - respondo antes de azotarle la puerta de mi oficina en la cara.

Le doy vueltas al asunto en la mente durante más de una hora intentando concentrarme en mi trabajo. Siento que estoy leyendo cuatro veces la misma oración y que veo la palabra « celos » por todas partes entre las líneas.

– ¿Qué es esto? - pregunta el coloso rubio entrando bruscamente en mi oficina, con un ramo de flores en la mano.

– Tienes que tocar, ¿recuerdas?

Eso me evita tener el corazón latiendo anárquicamente, como justo ahora, cada vez que se invita sin avisar.

– ¿Por qué tu novio me envía flores? - gruñe de nuevo.

– Porque se lo pedí - digo antes de estallar de risa.

– ¿Qué es eso? - repite con un tono calmado, pero el rostro enojado.

– Crisantemos, las flores de los cementerios... - resoplo escondiendo mi risa con la mano.

– Haré que se las coma - murmura Nils para sus adentros.

Luego agita un pequeño cartón blanco justo frente a mis ojos, demasiado cerca, empujo su puño para alejarlo un poco (e intento no ponerle atención a la suavidad de su piel que me recuerda tantas cosas). Se trata de la tarjeta de presentación profesional de Milo, sobra la cual está garabateado, demasiado pequeño, apenas legible:

« Una disculpa. »

Sí lo hizo.

Pero sólo por ver la cara del Vikingo en este instante, todo ha valido la pena. Ríe con fuerza, sin poder detenerme, y las lágrimas me inundan los ojos. Mi carcajada termina por contagiar al gigante, quien lanza los crisantemos a mi basurero, se derrumba sobre el sillón frente a mi escritorio y saca su iPhone. Con una inmensa sonrisa sobre su bello rostro escandinavo, copia el número del celular de Milo de la tarjeta de presentación. Y me lee en voz alta el mensaje que está redactando:

[Recibí tus flores. Adorable. Pero no insistas, no me casaré contigo.]

¿Alucino o está hablando por mí?

2. « ¡Otanjobi omedeto gozaimasu! »

Valentine

No esperaba un pastel gigante con veinticinco velas, un mar de globos en forma de corazón, ni siquiera un regalo comprado rápido por uno de sus asistentes. No, simplemente esperaba un « Feliz cumpleaños, mi futura heredera. »

Y francamente, ¿eso sería mucho pedirle a mi propio padre?

Todavía no son las 7 de la mañana, es mi cumpleaños, debería estar holgazaneando bajo mi suave cobija pero me encuentro, sentada recta sobre un sillón demasiado duro, en la oficina fría y sin alma de mi progenitor. Darren lleva ya unos buenos veinte minutos aturdiéndome con sus « retos », « inversiones para el futuro », « desarrollos sostenibles », « índices bursátiles japoneses » mientras que yo sólo pienso en una cosa: fugarme. Dejar todo atrás. Saltar en mi auto y no pensar en nada durante toda una semana. O más bien en todo, menos en este maldito trabajo.

– Deberías estar a la altura. Tienes doce horas de avión por delante para revisar tu discurso y pulir tus presentaciones - insiste mi padre alisando su corbata color rojo vivo.

– O para dormir, aunque parece que mi fatiga no te preocupa mucho... - murmuro para mis adentros.

– ¿Perdón?

– Audición selectiva... - gruño.

– ¿Perdón?

– ¿Por qué enviarme a Tokio en tu lugar cuando es un asunto tan importante? - suspiro dejando mi sillón para ir a admirar la vista. Podría hacernos perder una suma colosal de dinero.

El sol sale sobre Los Angeles Downtown. Una imagen que casi podría hacerme olvidar que solo tuve cuatro miserables horas de sueño.

– Es hora de que asumas tu posición como futura cabeza del grupo, Valentine. Y sobre todo, es hora de que te tomes esto en serio... El fracaso no es una opción.

Todos mis músculos se tensan instantáneamente. Inhalo, exhalo, intento controlar el volumen de la voz furiosa que se escapa de mi garganta.

– ¡¿Tomarme esto en serio?! ¿Porque eso no es lo que he estado haciendo desde que entré a esta torre por primera vez? ¡Hace ya casi cinco años que mi vida es así, Darren! Cinco años que trabajo setenta horas a la semana. Pero nunca es suficiente...

– Tus lloriqueos no le interesan a nadie - responde mi progenitor. - El éxito, la fortuna, el respeto de los más grandes, es algo que se gana. El mundo de los negocios no está hecho para los débiles. Escúchate un poco menos y tendrás éxito, hija.

Todavía volteada contra el ventanal, cierro los ojos con fuerza y aprieto los puños pensando en mi madre. Es por ella que estoy aquí. Por ella que aguanto todo esto. Mandar todo al diablo no es una opción.

– Tengo un jet que tomar... - murmuro de repente volteándome para tomar mi bolso que estaba puesto en los pies del sillón.

– ¿Dónde está Eriksen?

- Justo al lado, en tu sala de espera.
- ¿Hizo bien su trabajo?
- Sigo aquí, ¿no?
- Que tenga cuidado allá. Las mafias japonesas son temibles.
- ...

Ni siquiera me miró a los ojos durante esta última advertencia. Parece ser que el archivo que tenía entre las manos era mucho más importante que la eventualidad de que me masacraran. Entonces dejo su oficina sin agregar nada.

¡Feliz cumpleaños, Valentine Laine-Cox!

[Hace veinticinco años nació el amor de mi vida... Regresa pronto para que pueda darte un gran abrazo. Mamá]

Generalmente, este tipo de mensaje me emociona, pero no al grado de hacerme llorar. Sólo que no he dormido bien, sigo enojada, tengo el estómago vacío, las alturas me dan náuseas y estoy sentada frente al hombre más apuesto que haya existido jamás... y atrapada con él en una cabina voladora por las próximas diez horas.

En fin, es mucho para un solo cerebro. Demasiado. Y además, huele endiabladamente bien.

– ¿Algún problema? - me pregunta Nils viendo mis ojos empañarse.

– No.

Silencio incómodo.

– Cuando tengas ganas de hablar de eso, estaré aquí - dice estirándose sobre el asiento de cuero negro.

– Siempre estás aquí.

– Es mi trabajo - sonrío insolentemente.

– Lo haces de maravilla. Deberían de crear un superhéroe a tu imagen.

– Lo sé.

– Siempre sabes todo.

– No, no sé por qué estás a punto de llorar.

– Tengo hambre - le digo para cambiar de tema.

El coloso rubio levanta la mano hacia Kate, nuestra aeromoza. La joven mujer con vestido corto y ceñido regresa algunos segundos más tarde, con los brazos cargados de una decena de snacks. Nils le agradece y la mira alejarse.

– ¿Te gusta? - pregunto de repente.

Me arrepiento inmediatamente de mi pregunta. Si acaso estuviera celosa (y todavía no hay pruebas de esto) es un problema personal. Solo que sus ojos grises se clavan en mi rostro y lo inspeccionan ávidamente. Nils Eriksen sabe leerme como pocas personas lo hacen. Sin siquiera esbozar una sonrisa, el Vikingo me observa a detalle, tomando su tiempo. De repente, tengo calor. Y quisiera que me responda. En lugar de eso, muerde un empaque (sensualidad máxima), lo abre (me derrito) y se inclina hacia adelante para ofrecerme un muffin. ¡Un maldito muffin!

– ¿Vainilla o chocolate? - resuena su voz ronca.

– Eso no responde mi pregunta - insisto.

– Tú no respondiste la mía hace rato - responde hundiéndose de nuevo en su asiento.

Ahora es una competencia para ver quién resiste más tiempo sin desviar la mirada. Y quién será

más convincente al negar esta atracción recíproca que es más grande que nosotros. En ese sentido, Nils es igual de impotente que yo.

– Tenía lágrimas en los ojos porque estoy agotada - explico en voz baja. - Y porque mi madre y sus palabras de amor tienen la capacidad de convertirme en una llorona.

– Nada grave, entonces - concluye mirándome con la misma intensidad, como si supiera que ésta no es la razón verdadera.

– No.

– Qué bueno.

– Te toca a ti responder, Nils.

– ¿Puedes repetir la pregunta? - sonrío de pronto, como un niño travieso.

– Esto te divierte, ¿verdad? - gruño.

– Un poco...

– Entonces olvídalo. Tengo que dormir.

Me volteo frente a la ventana e inclino mi asiento hasta la posición recostada. Muy cerca de mí, mi guardaespaldas no emite ninguna objeción. Estoy a punto de dormirme cuando su voz grave y dulce llega a acariciarme:

– Feliz cumpleaños, princesa.

Por supuesto, no tiene ni idea de lo que esta simple frase significa para mí. No sé cómo reaccionar, cómo explicarle mi agradecimiento y emoción, así que finjo estar dormida ya. Un millón de punzadas más tarde, me duermo por fin, a pesar de esa pregunta que me acecha.

No veo más que a él... No quiero a nadie más que a él... ¿Pero es algo recíproco?

Dejé una ciudad de tres millones de habitantes para aterrizar en otra de ocho millones. Estoy acostumbrada a las personas presionadas, estresadas, preocupadas, dispuestas a todo para tener éxito... pero no a eso. Aquí, todo pasa a máxima velocidad. Las calles están abarrotadas, en movimiento, vivas. Los trabajadores no escatiman en horas ni energía para llegar a su objetivo. El agotamiento es algo de todos los días y la presión con la que cada uno vive es una simple regla de vida. En las diferentes reuniones, me encuentro con rostros sonrientes, casi serenos en la superficie, pero estoy perfectamente consciente de que estoy en presencia de unos verdaderos tiburones. Aguanto, sigo el programa que me establecí, mi discurso es preciso, eficaz, bien pensado. Tiene efecto. ¿Estaban esperando una hija de papá impresionada e influenciable? ¿Pensaban manipularme y aprovecharse de mí? Se equivocaron. Cuando quiero, soy la digna hija de mi padre.

Y me duele admitirlo.

Sólo llevo un día de trabajo desde que llegué a Tokio y ya estoy exhausta. Nils, por su parte, no me deja dar ni un solo paso sin seguirme como una sombra. A menudo veo los ojos de mis interlocutores mirándolo, antes de dirigirse a mí. Hay que decir que no es alguien que pase desapercibido. Los japoneses parecen subyugados por su figura, su color rubio, lo claro de sus ojos. Y me doy cuenta una vez más de lo bello que es. Y único en su estilo. Por décima vez en el día, un grupo de jóvenes japonesas riendo se le lanzan encima cuando pasamos las puertas del hotel. Me retuerzo de risa mientras que el Vikingo suspira dejando que le tomen una foto.

Cuando una linda morena se divierte dándole un beso en la mejilla, ya no me parece tan divertido.

– Vamos a comer, Don Juan... - gruño jalándolo de la manga.

Él ríe detrás de mí, aprieto el paso y entro al restaurante cinco estrellas *Kohaku*.

– Sabes bien cómo hablarle a un hombre, princesa.

– Querrás decir a un tragón... - sonrío tomando asiento cerca del ventanal que da hacia la ciudad iluminada.

El espectáculo es increíble y durante la hora siguiente me cuesta trabajo desviar la mirada de todas esas luces de colores que brillan. Es eso o comerme con la mirada a mi *bodyguard* con ojos de niebla. Si no tengo cuidado, él terminará por pensar otra cosa.

– Mañana por la mañana, el auto nos espera a las 9 - me anuncia terminando su platillo. - Podrás dormir un poco...

– ¿Bromeas? Mi primera reunión es a las 7, en Shinjuku.

– No estás muy lejos del *burn-out* - me explica atacando lo que queda en mi plato, un carpaccio de res con erizos de mar. Mañana es tu *day off*.

– ¿Quieres que mi padre me patee el trasero cuando regrese?

– No tiene por qué enterarse, pospuse todas tus reuniones para los días siguientes.

– ¡Nils! Yo no me meto con tu trabajo, ¡déjame hacer el mío! - me enfado de repente.

Su gran mano llega a aplacarse sobre mi boca y detiene mi rebelión en seco. Sus ojos atraviesan los míos y puedo ver que él tendrá la última palabra. Idiota.

– ¿A dónde vamos? - suspiro mientras que él retira su palma ardiente de mis labios.

– Tendrás que torturarme para tener pistas... - sonrío.

– ¿Eso no es lo que hago habitualmente? - pregunto con ironía, observándolo.

– He conocido a peores que tú, Valentine.

Y mi estúpido corazón que se acelera por este micro cumplido (que, pensándolo bien, no lo es realmente...). Mi mirada recorre sus brazos musculosos, luego se desvía con gran dificultad. Me concentro en la vista, en el mantel impecable, luego en nuestros platos, en los que ya no queda ni una migaja.

– ¿Cómo le haces para comer tanto?

– Es todo un arte...

– ¿Tu madre te mataba de hambre de pequeño?

– Deja a mi madre en paz y vamos a acostarnos.

Ignoro si toqué un tema sensible, pero por primera vez, el gigante no juega a volverme loca escoltándome hasta mi suite. Él sólo se queda sorprendentemente silencioso, retraído.

– ¿Imagino que no puedo invitarte a tomar una última copa? - bromeo (a medias) una vez en la puerta.

El Sake, el cansancio, sus bellos ojos... ¡PELIGRO!

– Tengo una misión que cumplir, Valentine. Y contarte una historia antes de dormir no es ella.

– Lástima...

– Ve a acostarte. Apresúrate. Antes de que cambie de opinión...

Sus pupilas negras caen sobre mis labios y se quedan allí por demasiado tiempo. Todo en mí se estremece e intento lanzarle una sonrisa. La suya se alarga ligeramente, antes de desaparecer totalmente. Nils Eriksen está dotado de un autocontrol muy superior al mío. Ya me imagino pasando la mano por su cabello sedoso, luego jalándolo un poco. Besándolo y pasando mi lengua por su labio inferior. Sintiendo su piel calentándose contra la mía y sus manos desvistiéndome...

Una puerta se azota. Me doy cuenta de que mi fantasma viviente acaba de encerrarse en la habitación de al lado.

Un verdadero paisaje de postal. El sol en su cénit ilumina el monte Fuji frente a mis ojos maravillados. La vista no podría ser más perfecta. Nils me trajo hasta aquí con toda la discreción del mundo en una 4 x4 convertible, descubriendo el mejor lugar para admirar este tesoro de la naturaleza. Me encuentro frente al punto culminante de Japón, cuyas cimas siguen estando nevadas. A nuestro alrededor, los cerezos florecientes y el lago Kawaguchi donde se refleja, como en un espejo invertido, el monte que siempre me ha fascinado.

– Vi las estampas en tu sala - me explica el coloso rubio sin dejar de ver el domo volcánico. - Entonces pensé que apreciarías el espectáculo...

– Oh, Nils...

– Y que sería una especie de regalo de cumpleaños, ligeramente retrasado. *¡Otanjobi omedeto gozaimasu!* como dicen aquí. Bueno, el acento no es el mejor, pero...

Sin pensarlo, sin intentar contenerme, me lanzo a sus brazos y le beso el cuello, con la mayor espontaneidad e inocencia del mundo. Como lo haría una niña pequeña a la que le acaban de ofrecer el más bello y conmovedor regalo del mundo.

– ¡Wow! - ríe mi guardaespaldas abrazándome. - ¡No imagino lo que habrías hecho si te hubiera regalado un poni!

– Es magnífico, Nils. Gracias... No tengo palabras... - digo con una voz conmovida.

– Si pudieras dejar de chillar como un cachorro emocionado - me reprocha, antes de sonreírme de esa manera que me perturba.

Suavemente, él rompe nuestro abrazo y da algunos pasos hacia atrás, para dejarme sola frente al monte Fuji. Durante varios minutos, lo observo, cubierto con su corona blanca. Siento una serenidad benéfica apoderándose de mí. Inhalo, exhalo, me relajo, me calmo. Necesitaba esto, esta comunión con la naturaleza para recuperar mi paz interior. Y Nils lo comprendió bien. Inclusive antes que yo misma.

– Ahora soy yo el encargado del programa... - susurra el coloso, plantado detrás de mí. - Si no, ese maldito trabajo te va a matar. Tenemos varias cosas que ver...

– Nils, déjame tranquila, estoy meditando - sonrío saboreando el calor del sol sobre mi piel.

– ¿Qué?

– Estoy hablando con las nubes y las flores, cállate...

– « ¡Ah! ¡La humana me está pisando! ¡Me duele! » - chillaba con una voz aguda imitando una flor (o tal vez un cachorro).

Estallo de risa, me volteo contra él y le doy un golpecillo en el brazo. Él me controla tomándome de los puños y me jala hacia sí. Estoy contra su torso abombado. Su boca no está más que a algunos centímetros...

– Tengo hambre, mujer. ¡Y no hay que provocar a un hombre cuando tiene hambre!

– Tú *siempre* tienes hambre...

– No *esa* hambre, princesa. Hambre de otra cosa...

De repente, sus labios frescos y carnosos rozan los míos, solo por medio segundo. Lo cual basta para hacerme perder la cabeza. Luego el Cromañón me libera y se va, caminando lentamente por el camino que lleva a la 4 x4 .

– ¡Tragón! - río, siguiéndolo.

– ¡Sólo tienes que ser menos apetitosa! ¡Mierda, tengo que cuidar mi trabajo!

– ¿Alucino o es mi culpa? - río.

– Nueva regla: ¡un metro de distancia entre nosotros, en todo momento!

– En el auto va a ser complicado... - le hago notar.

El gigante se detiene a algunos metros del vehículo y luego encuentra la solución:

– ¡Irás en el asiento trasero!

– ¿Qué?

– Atrás, Valentine - repite su voz ronca. - Es eso o regresas a pie.

– Bárbaro... - gruño, instalándome atrás.

En el retrovisor, veo al bastardo sonriendo.

Cuando el peor de los *business trips* se transforma en una increíble aventura, es porque Nils Eriksen se salió con la suya.

Los días siguientes pasan a una velocidad impresionante, entre encuentros de negocios y excursiones improvisadas, organizadas por mi guardaespaldas. Entre dos reuniones, descubro el país de los mangas, los robots y los videojuegos. El Japón auténtico, tradicional y refinado también. Sus templos y sus santuarios. Nils me lleva a lugares secretos, poco visitados, insólitos. Él es curioso, culto, perfectamente cómodo yendo al encuentro con los japoneses(excepto con las fans histéricas que quieren tocarle los músculos). De hecho, es todo un éxito a donde vamos. Yo me conformo con trotar cerca de él, secretamente orgullosa de ser vista a su lado. Probamos la cocina local, recorreremos los inmensos mercados locales donde cierto tragón no deja de degustar todo (y siempre estoy temiendo acabar con un Vikingo intoxicado en los brazos). Me deleito con la carne Kobe, la anguila asada, los *ramens*, las algas y las frutas japonesas. Y entro poco a poco al reputado círculo de los « tragones y orgullosos de serlo » (pero aun así le dejo a él los saltamontes asados). Por la noche, caminamos bajo los aguaceros de marzo, sin siquiera considerar correr a resguardarnos. Nils me ofrece sin cesar su sudadera o su chaqueta, la cual no dejo de rechazar. Termina por abrigarme a la fuerza con una de sus sudaderas con capucha, la cual me queda como un ridículo hábito de monja (y cubre el lindo vestido veraniego que me había puesto para seducirlo). Nunca nos besamos, pero a menudo estamos a punto de hacerlo. No nos invitamos a la cama del otro, pero me quedo largo rato despierta en la mía soñando con que él me acompañe a la mitad de la noche, o esperando que tenga el mismo tipo de insomnios.

Y no pasa ni un segundo sin que piense en la suerte que tengo. Por estar con él. Que me proteja. Me haga reír. Me sorprenda. Me desee. Me haga languidecer...

Mierda...

Esta vez, no es el Sake.

Las noches son cortas pero aprovecho los viajes en auto para tener algunas horas de sueño. A veces tomo el volante, aun cuando a Nils le cuesta trabajo soltarlo, para darle oportunidad de descansar. Él se burla de cómo conduzco y eso solo logra que frene con más brutalidad. Una complicidad se instala entre nosotros. Mi guardaespaldas es mucho más dulce y atento, mucho más sutil de lo que me imaginaba. Finalmente, la bestia tiene más de mil facetas. A base de miradas, de atenciones, de charlas nocturnas, nuestra relación crece, madura. Su cercanía ya no me molesta, al contrario.

Mi atracción ya no es solamente física. Soy un sube y baja, lo sé.

– Hay algo que me intriga - comienza Nils a decir mientras estaciona el auto rentado afuera de la enésima torre del distrito de negocios.

– ¿Hmm?

- ¿Por qué infligirte esto? ¿Este trabajo? ¿Esos horarios de locura? No parece apreciarlo... ¿Es por el dinero?
- No. Por mi madre.
- Me lo imaginaba - sonrío tristemente. - Su matrimonio con Darren... ¿Es a cambio de tus fieles servicios?
- Digamos que soy una princesa prisionera en una torre de marfil. Darren me necesitaba... y mi madre necesitaba a Darren.
- Ya veo - suspira el rubio, interrumpiendo el contacto. - Realmente debes amar a tu madre.
- Más que eso. Pero todo el mundo ama a su madre a su manera, ¿no?
- Sí, me imagino... - murmura antes de inclinarse para abrirme la portezuela. Después de usted, prisionera.
- Creo que me gustaba más princesa.
- Mierda, de haberlo sabido - gruñe para seguir el juego.
- ¿Nils?
- Sí.
- ¿Algún día me hablarás de tu madre?
- Él vacila. Se muerde el labio. Le echa un vistazo al retrovisor. Luego me mira finalmente a los ojos:
- Sí. Pero eso también podría hacerte llorar.

3. Cuando estés en condiciones

Valentine

Al parecer, una encantadora pausa en Japón se paga con sangre: un resfriado mortal me atacó en cuanto bajé del avión. A la mañana siguiente, es todavía peor.

– Do sabía que tedíabos uda reudión fabiliar... - murmuro como puedo, con la nariz completamente tapada.

Odio encontrarme en este estado pero para mi madre es todavía más difícil: las escasas ocasiones en las que estoy lo suficientemente enferma para faltar al trabajo, ella me trata como si tuviera 8 años (y fuera probablemente a morir de una gripe fulminante). Me preparó un té, un caldo de pollo y un cómodo nido en el sillón de la sala; compuesto por mi cobija y la suya, además de una decena de cojines de todas formas y tamaños. Muero de calor en esta gruta de algodón pero me hace demasiado bien ver a Florence recuperada: ha recuperado un poco de peso, de color y hasta de seguridad frente a su querido marido. Hacía mucho tiempo que no la veía así.

– Valentine, ¿podrás cumplir con tus reuniones de la tarde? - pregunta mi padre con su legendario sentido de prioridades.

– Mi hija no dejará la cama el día de hoy - se interpone mi madre suavemente.

– Las reprogramaré - suspira. - ¿Mañana por la mañana estarás mejor?

– Pasado mañana - intenta negociar Florence, con una nueva sonrisa encantadora dirigida a Darren.

– A primera hora, entonces. Buen día a ambas - concluye disgustado.

Esto no puede ser verdad: por más que se haga el enojado, para mantener el estilo, Darren Cox acaba de ceder después de diez segundos de negociación, sin ningún grito ni frase asesina. Hasta dejó la pieza con una frase educada (sin importar lo banal que esta fue). Y ni siquiera le dio un tic cuando mi madre le puso una mano en el antebrazo susurrándole un gracias.

– Parece que habrá ud grad cabio, ¿do? - digo sonriendo.

– No comprendo nada de lo que dices, querida... - me responde Florence con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes, llenos de sonrisas (y de tapujos).

– ¿La enferma acepta visitas?

Nils surge en el umbral de la sala, con pantalón de mezclilla y camiseta (metida solo de un lado en su pantalón, como si su propio cuerpo rechazara ese tipo de lastre). Aun después de varias semanas de convivencia, sigue sorprendiéndome el espacio que ocupa en el marco de una puerta abierta, tanto a lo largo como a lo ancho. De hecho es muy exasperante cuando una tiene ganas de huir pero él está bloqueando el paso sin tener que hacer el mínimo esfuerzo.

Exasperante, pero terriblemente sexy también.

– Hola, Nils. Entra - lo recibe calurosamente mi madre, - Tal vez tú puedas convencerla mejor que yo de que se beba esto...

Ella le da una taza de té humeante por la asa, él la toma con toda la mano y responde con su voz grave y apática:

– Ella sería capaz de quemarme lanzándomela a la cara...

– ¡Ella escucha todo lo que estás diciendo! ¡Lo que tiene tapado los oídos! - refunfuño desde mi sillón.

El Vikingo y la traidora de mi madre ríen, luego él avanza hacia mí, deja la taza sobre la mesa de centro y pone el dorso de su mano contra mi frente. Reprimo un escalofrío (quiero pensar que es por la fiebre y no por este contacto demasiado dulce y tierno para ser profesional).

– Eso es lo que sucede cuando prefieres una hipotermia antes que ponerte la sudadera demasiado grande de tu guardaespaldas - me provoca divirtiéndose.

– ¡Terbidé por poderbe tu baldita sudadera fea! - me defiendo.

– Sí, encima de un mini vestido empapado por la lluvia. ¡Maldita princesa testaruda!

– ¡Ah, por lo bedos ya do es pridcesa rebelde!

– La próxima vez que quieras verte sexy para mí - murmura apenas su voz grave mientras que se inclina por encima de mi cabeza - no tienes que provocarte una neumonía para traerme a tu cama.

– ¡Qué idiota! - gruño, sin saber qué contestarle.

Y tengo unas ganas inmensas de sacar la mano de abajo de las cobijas para tomar su camiseta y jalarlo hacia mí. Pero el coloso rubio se endereza, orgulloso de sí mismo, y se dirige a mi madre, con una maldita sonrisa en el rostro:

– Siempre me ha parecido que su hija se parece a Natalie Portman. ¡Pero con la nariz roja y los ojos empañados, creo que se parece más a Rodolfo!

– ¿Quién? - pregunta mi madre.

– ¡Rodolfo el reno! ¡Con su nariz brillante, le permite a Santa Claus hacer su viaje durante la noche! ¡Ni las luces de mi Hummer brillan tanto!

– ¡Ja ja ja, qué risa be das! - le lanzo antes de que un quinto ataque de tos me haga callar.

– Cuando era pequeña, Valentine se divertía poniéndole trampas a Santa Claus para hacerlo caer - se pone a contar Florence, feliz de tener un público. - Así, pensaba que el ruido de la caída la despertaría y podría conocerlo antes de que se fuera.

– Astuta... ¡pero sádica! - comenta Nils.

– ¡Y su primera carta a Santa Claus comenzaba con « ¡Tengo un par de cosas que decirte! » - confiesa de nuevo mi madre antes de estallar de risa.

– Buedo, ya gadarod, ¡be voy a bi casa! - me enojo levantándome demasiado rápido.

Un vértigo me hace perder el equilibrio y un velo blanco me ciega durante algunos segundos. Dos brazos gigantes se deslizan bajo mi espalda y mis rodillas para levantarme mientras que la habitación da vueltas a mi alrededor.

– Tranquila, princesa. Suficiente tenemos con el resfriado. No necesitas arruinarte la cara golpeándola contra una esquina de la mesa baja de papá...

Sé que el gigante se está burlando de mí, pero no necesito concentrarme en las palabras que salen de su boca. Su color pálido, se textura aterciopelada, sus rasgos sensuales y perfectamente marcados son suficientes para hacerme feliz. Si tan solo pudiera acercarse un poco más todavía...

– Valentine, ¿te sientes bien? - se preocupa mi madre.

– Hmm, hmm...

– Creo que solo fue un pequeño vértigo - diagnostica el coloso cargándome.

– Qué bueno... Nils, ¿podrías ocuparte de ella por algunas horas? ¡Tengo algo urgente que hacer! - pronuncia una voz lejana.

– Demonios... ¿Desde cuándo está escrito « enfermero » en mi contrato? - murmura en voz baja antes de aceptar educadamente la propuesta mi madre.

– Hipócrita... - le susurro mientras me sigue cargando.

– Más te vale que me hables bonito si no quieres arrastrarte hasta tu cama.

Me callo y me acomodo entre sus brazos, con los tobillos cruzados, las manos anudadas alrededor de su poderoso cuello y una sonrisa en los labios. Nils me lleva a mi apartamento, sin dejar jamás de gruñir, luego abre la puerta de mi habitación con una ligera patada hacia atrás, hasta que cambio de opinión.

– Prefiero el sillón de la sala. Voy a estar sola aquí - digo con una mueca de tristeza.

– En cualquier caso estarás sola, ¡no me voy a pasar todo el día cuidándote!

– ¡Le voy a decir a mi padre! - continúo para provocarlo, como la típica hija de papá que jamás seré.

– Creo que prefiero que tosas a que hables - gruñe dándose media vuelta.

– ¿Viste? ¡Mi nariz se destapó en cuanto me cargaste? Creo que vas a tener que...

– ¡Calla, Rodolfo! ¡Y ni se te ocurra contagiarme tu resfriado!

Nils me deja sobre el sillón (creo que con más delicadeza de la que quería en un principio) y me lanza una manta que estaba doblada sobre el respaldo de un sillón. Podría seguir abusando un poco más de su paciencia pero alguien toca la puerta y sus ojos grises me fusilan, magníficos pero aun así llenos de una nube de exasperación.

– ¡Valentine Laine, no soy tu enfermero ni tu secretario particular! - gruñe, abriendo de todas formas.

– ¿Quién es? - pregunto regocijándome un poco.

– No es para ti - suspira regresando acompañado de una mujer.

– Agente especial Frances Devon, FBI - se presenta ella misma, antes de voltearse hacia Nils. Me encontré con una tal Sra. Laine-Cox que me dijo que te encontraría aquí. ¿Por qué no contestas mis llamadas, Eriksen?

– ¿Podemos hablar en otro lugar? - resopla con una mirada inquieta hacia mí.

Me quedo mirando al vacío, con la boca entreabierta, para parecer una pobre chica abatida por la gripe y drogada por los medicamentos, que no va a captar ni una sola palabra de la conversación que seguirá, al parecer muy seria. Esa mujer con silueta esbelta y rasgos finos no parece estar cómoda. Podría llevar un Post-it en la cabeza que dijera « No vengán a molestarme », creo que sería más fácil.

– No hay tiempo que perder - decide ella, dando algunos pasos para alejarse. - Tu querido amigo No-Name huyó de la prisión estatal de San Quintín esta noche. Uno no puede salir de una prisión de máxima seguridad sin un cómplice bien preparado, como por ejemplo un antiguo miembro de la Legión Extranjera que lo visita regularmente sin pedirle autorización a nadie.

– ¿Y? - le pregunta fríamente Nils, con los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas ligeramente separadas y los pies plantados en el suelo como una roca imperturbable, capaz de hacerle frente a las olas más violentas.

– Y si ese sociópata y asesino reincidente está en libertad gracias a tu ayuda invisible, tienes menos de un segundo para decírmelo.

– No tenemos nada en absoluto que decirnos, Devon... - gruñe el Vikingo marcando cada palabra.

¿Por qué acerca su rostro tanto al de ella...?

– Qué extraño, pensé que esa sería tu respuesta. ¿Podrías explicar un poco más?

¿Y por qué ella no retrocede ni un milímetro?

– No tengo nada que ver con esa huida. Fin de la historia.

– Si quieres trabajar con el FBI, tendrás que ser un poco más elocuente, Eriksen.

A ella también le parece demasiado callado para su gusto...

– Trabajar de vez en cuando contigo no me convierte en tu soplón, Devon. Nuestro trato ya pasó.

Nada te da el derecho de llegar aquí y pedirme que haga el trabajo de tus chicos. Si buscas a No-Name, no lo encontrarás aquí. Y dile a tus malditos superiores que nadie me controla, ni ellos ni tú.

¿Y si me escondo bajo el sillón?

Su voz era extrañamente calmada, baja, pero de una gravedad que hace temblar las paredes de la mansión. Al parecer, sus palabras perfectamente sopesadas y analizadas tienen el efecto esperado en la señorita Nadie-Se-Mete-Connigo. Ella deja mi sala sin que nadie la acompañe y se conforma con lanzar, de espaldas: « ¡Nos volveremos a ver! »

– Eres muy mala haciéndote la muerta - me reprocha el Vikingo, una vez que se cierra la puerta.

– Es porque solamente estaba agonizando.

Él se planta frente a mí, me domina con su gran tamaño y descruza los brazos. Debajo de ellos, puedo ver la piel desnuda de su vientre en el lugar donde la camiseta se le sale del pantalón. La fina capa de vellos rubios que percibo me pide un inmenso esfuerzo de concentración.

– ¿Qué fue lo que escuchaste? - me interroga el coloso, a quien nada se le escapa. Y no respondas « nada ».

– OK... Todo.

– ¡¿No tenías las orejas tapadas?!

– Tienes una voz que resuena hasta cuando susurras.

– Lo sé - acepta suspirando. - Borra esa conversación de tu memoria, ¿OK?

– No-Name, ¡qué nombre tan extraño para un asesino en serie!

– Valentine...

– ¿Quién es?

– Un viejo conocido. Un viejo caso. Y esa fue tu última pregunta.

– Ustedes tienen algo, ¿no? ¿La chica del FBI y tú?

– ¿Qué te hace pensar eso? - me pregunta muy a su pesar, con el entrecejo fruncido.

– Es evidente. Ella tiene la fuerza de carácter, la inteligencia y la agudeza mental que tanto te gustan. Y nadie se habla tan de cerca, excepto los amantes. Y nadie se exaspera tanto como los viejos amantes.

– Tienes razón en un punto: me gustan las mujeres fuertes, vivaces y astutas. Pero odio a las entrometidas y a las celosas.

Espera. ¡¿Está hablando de mí o de ella?!

Inhalo para poder encontrar una indirecta doliente que responderle, a la altura de la suya, pero todo lo que logra salir es un nuevo ataque de tos que me destroza los pulmones y me hace llorar los ojos. Nils me ayuda a enderezarme sobre el sillón y, mientras que recobro el aliento, él ya está llamando al doctor.

– Estará aquí en cinco minutos. Prohibido hablar hasta que llegue. Si no, te dejo ahogarte en tu próxima crisis.

El gigante se escabulle cuando el médico de la familia Cox viene a auscultarme, palparme, escucharme y examinarme bajo todos los ángulos. Me dejo hacer todo como una muñeca de trapo con dolor muscular, luego lo bendigo por hacerme inhalar su remedio mágico contra la tos y la nariz tapada. Mientras que me firma una receta médica que parece una novela, no puedo evitar pensar en mi *bodyguard* y en sus amistades. ¿Qué tipo de hombre puede relacionarse sin problemas con un asesino que ni siquiera tiene nombre, y cuya huida hace que todo el FBI se ponga en acción? ¿Y los secretos oscuros de Nils deberían darme miedo, aun cuando apenas estoy empezando a tenerle plena confianza?

– ¿Te sientes mejor, princesa rebelde?

El coloso reaparece con una media sonrisa, luego viene a sentarse sobre el sillón, levanto los pies para ponerlos sobre sus muslos.

– ¿Todas tus conquistas reciben un apodo tan repetitivo? ¿O debo sentirme privilegiada?

– Con tu temperamento y tus resfriados de muerte, cuidarte es un trabajo de tiempo completo, Valentine. Eso no me deja realmente ganas ni energía para... « conquistas ».

– Siento monopolizarte - me disculpo falsamente.

– No dije que eso me molestara - me provoca mirándome con sus ojos de bruma.

– Entonces no debería molestarte hacerte una prueba del VIH - le lanzo con un tono de desafío. Ya que tenemos un médico a la mano. Y que mi seguridad es tu prioridad...

Frente a mí, el bello Vikingo con mirada penetrante parece desconcertado. Por un instante. Solo un instante.

– Si tú lo haces también, no me opondría - dice con una media sonrisa.

Nuestras miradas se juntan, se observan, se enfrentan en silencio. El corazón se me quiere salir del pecho, como para hacer un salto final. Jamás creí que se tomara esta propuesta en serio, mucho menos que la aceptara. Cada vez que creo conocerlo, Nils Eriksen me sorprende (casi siempre para bien). Pero si algo he aprendido de él, es que desafiarlo siempre será el método más infalible para obtener algo de su cabeza dura (es decir, todavía más dura que la mía).

El médico nos propuso una prueba rápida tomando una gota de sangre de la punta del dedo. El resultado llega después de algunos minutos de silencio incómodo, lleno de tensión sexual y de miradas ardientes.

Creo que la fiebre me está regresando...

– Negativo... ¡y negativo! - declara el médico recogiendo sus cosas, aparentemente presionado por irse.

Suspiro, aliviada. Nils, por su parte, sigue perfectamente impassible, de no ser por la manera casi imperceptible en la que aprieta uno de mis tobillos con su gran palma. Su teléfono suena, lo responde sin dejar el sillón, mientras que continúo contemplándolo. De lado, para no dejarme abrazar.

Cuando pienso que al fin lo podré saborear... Entero... En fin, si esa prueba quiere decir lo mismo para él que para mí...

Nota mental: pensar en pedir también anticonceptivos. « Más tarde » lo cual de hecho significa ¡« de inmediato » !

Le digo discretamente al oído el nombre de mi píldora al médico, el cual saca su recetario y lo escribe mientras que Nils cuelga.

– ¿Me confirma que el secreto médico sigue en vigor? - pregunta de pronto el Vikingo, con los ojos entrecerrados.

– ¡Afirmativo! - le responde el pequeño hombre.

– ¡Gracias, doc! - suelta el gigante antes de estrecharle la mano.

Nuestro visitante tiene la discreción de dejar la receta sobre la mesa baja, luego sale dando pequeños pasos apresurados, sin pedir ser acompañado.

– Es increíble la cantidad de personas que hacemos huir... - me divierto desde el sillón.

– Bueno, supongo que no me mandaste a perforar la piel solo para ver si me asustan las agujas, ¿no? - lanza el *bodyguard*, todavía sentado en el sillón, con mis pies puestos sobre sus muslos de acero.

Él desliza su mano ágil bajo la manta y luego bajo mi pantalón de algodón, estira su inmenso brazo y llega por fin a mi muslo, el cual se pone a acariciar lentamente. Por más que esté totalmente descongestionada, me cuesta trabajo respirar.

- Si comprendo bien, ¿eso quiere decir que quieres que sigamos acostándonos?
- Normalmente, soy yo quien hace las preguntas... - intento interrumpirlo.
- ¿Que nos acostemos una vez? ¿Varias veces? ¿A menudo? ¿Por mucho tiempo? ¿Exclusivos? ¿Apasionadamente...?

Su actitud confiada y su sonrisa retorcida me dan ganas de estrangularlo. Hacía mucho tiempo que eso no me pasaba (¡al menos dos horas!). Pero sus propuestas, el calor de su voz ronca y la suavidad de su mano derecha me dan ganas de más cosas. Que podría expresar eventualmente si no me sintiera tan tonta, tomada por imprevisto, invadida de escalofríos que me paralizan, desde la punta de los pies hasta la cabeza.

– Es un poco la idea, sí... - farfullo sin filtrar las palabras que salen de mi boca. - En fin, no es una propuesta de matrimonio, ¿eh? Pero eso sería más práctico, creo. Por si acaso... ya sabes... Todo esto... Todo esto...

– ¿Todo esto qué? - me pregunta haciendo volar la manta.

Luego, con un movimiento vivo e incomprensible, Nils me levanta, me hace dar una pirueta extraña entre sus brazos y me sienta a horcajadas encima de él. Su mirada gris tenebrosa me hechiza, su mano ágil sube por mi espalda febril, despeina mi cabello con corte varonil y se clava en mi nuca. No sé cuál de nuestras pieles es más ardiente. Ya no sé cuál de los dos se come al otro con la mirada.

– No quieres que te contagie mi resfriado... - lo desafío en voz baja.

– No tienes ni idea de lo que quiero, Valentine - responde el Vikingo.

Y se calla para unir sus labios a los míos, en el beso más tórrido y hambriento que uno pueda imaginar.

– Gracias por el pase ilimitado - susurra al fin, muy cerca de mi boca. - Haré buen uso de él...

– No lo dudo.

– ... cuando estés en condiciones.

El bastardo me voltea y me deja delicadamente sobre el sillón, se levanta y pasa una mano bajo su camiseta blanca, al nivel del vientre, me lanza una de sus miradas triunfantes para luego alejarse hacia la cocina gruñendo:

– ¡Tengo hambre!

Y yo no, muchas gracias...

4. Ponme a prueba

Valentine

- ¡Te digo que vengas! - me repite mi madre, riendo de mi actitud dudosa.
- ¡Si me llevas a un estudio de cambio de imagen o una de esas estupideces, mejor ni lo intentes!
- No había pensado en eso - ríe divertida. - Pero la idea no es tan mala, ahora que lo dices...
- Olvida esa idea de inmediato - gruño siguiéndola a través de una enésima puerta. - Jamás me pondré extensiones ni tintes, ¡No me gustan las sustancias que dan comezón y mi cabello se quedará eternamente corto!

Florence pone los ojos en blanco y estrecha con un poco más de firmeza mi mano. Últimamente, ella ha logrado recuperarse un poco. Y aun cuando ver su sonrisa me hace mucho bien, no me fío mucho de sus intenciones. Cuando se tiene la maravillosa idea de despertarme un sábado por la madrugada para arrastrarme a un cobertizo miserable, no puedo tener mucha confianza. Ni amabilidad (tengo que admitirlo).

- ¿Dónde está Nils cuando realmente lo necesito? - suspiro.
- Aquí estoy. No se preocupe, señorita Cox.

Me volteo y miro a Bob, mi nueva sombra. Alto. Moreno. Fuerte. Tan educado y cortés que se vuelve molesto. Lo encontré en mi entrada esta mañana, derecho como un soldado y con los ojos clavados en la puerta. Sin jamás dejar de vigilar el perímetro, como si estuviéramos en zona de guerra, me explicó que estaba remplazando a su jefe, el « Sr. Eriksen », por algunas horas. Y fui a beber mi café refunfuñando sobre mi madre.

Esa misma persona (supuestamente frágil) que me destroza el puño para que acelere y me hace tropezar en el pasillo mal iluminado.

- Valentine, ¿estás bien?! - se preocupa de repente mi verdugo salvándome de la caída.
- ¿Algún problema, señorita Cox? ¿Necesita que la lleve?
- Es Laine-Cox - refunfuño contra el pobre *bodyguard*. ¿Y por *llevarme* se refiere en una grúa?!
- Hmm, - vacila con miedo de responderme. Llevarla... ¿hasta su destino?

¡Nils, regresa!

El único crimen del pobre Bob fue no ser mi bello noruego con cabellos de oro. Con ojos seductores. Y un ingenio sagaz.

Esta extraña persecución se termina por fin cuando mi madre abre una última puerta y descubro una inmensa pieza iluminada por grandes ventanales, cuyo suelo está cubierto por finos colchones multicolores como los que se utilizan en un gimnasio. En el centro de todo ese circo: mi Vikingo, con los brazos cruzados sobre el torso, vestido de negro de los pies a la cabeza (con pantalones deportivos amplios y camiseta más bien ceñida). Él me dirige una rápida sonrisa y se voltea hacia su remplazo:

- El interior del edificio está asegurado, puedes ir a cuidar la entrada, Bob.
- OK, jefe.

Aunque no haya sido lo más amable con mi nuevo amigo, le hago una señal con la mano para agradecerle y lo miro alejarse (tan derecho y alerta como siempre, listo para atacar).

– Mamá, ¿qué estamos haciendo aquí?

– Es la tercera vez que vengo aquí esta semana, con Nils. Hasta ahora, hemos logrado que fuera durante tus reuniones - sonrío quitándose las sandalias de tacón.

– Eso no explica mucho...

– Auto defensa - resuena de pronto la voz grave de mi guardaespaldas.

Me volteo hacia él y lo observo, incrédula. Se ve como un salvaje, vestido así, pero su voz y su seguridad son más bien como las de los tipos que detienen a los malos y siempre salvan el mundo.

– Florence quería aprender. Me pareció muy pertinente - agrega él.

Mis ojos se pierden en los músculos de sus brazos, suben por un instante para clavarse en su mirada gris (intensa, decidida, brillante) y luego regresan a mi madre.

– Creo que a ti también te sería útil... - dice poniéndose los tenis.

– ¿Por qué aquí? ¿Y por qué todos esos secretos?

– Porque es a menos de dos kilómetros de la torre Cox - responde Nils. Si hubiera tenido que intervenir de urgencia, habría podido. Tu seguridad sigue siendo mi prioridad.

Y mi estúpido corazón acelerándose en cuanto toma la palabra.

– ¡Y yo mantuve el secreto para sorprenderte! - chilla mi madre quitándose el jersey que esconde una camiseta al rojo vivo sobre la cual está escrito « Never Again ».

« *Nunca más.* »

– Nunca más un hombre me pondrá una mano encima. Ni a mi hija - afirma comenzando a saltar sobre la punta de los pies.

Con ese atuendo, llena de esa vitalidad y de ese entusiasmo, mi madre parece fácilmente diez años más joven. Y me dejo seducir por esa Florence que me lanza un par de tenis (con dibujos de cerezas) de forma autoritaria, como si no me fuera a dejar decidir si me los pongo o no. Mientras que Nils le muestra los primeros calentamientos, me pongo los famosos zapatos (más femeninos no podían ser) y me aparto un poco para poder observarlos. Su graciosa danza dura unos diez minutos, luego comienzan con los movimientos que mi madre parece dominar ya. Bueno, a medias por lo menos.

– ¿Cuál es su objetivo? - la interroga el Vikingo esquivando una patada mal colocada.

– ¡Desarrollar mis reflejos! - responde *Million Dollar Mummy* jugando con los puños.

– ¿Y? - sonrío la bestia frente a ella.

– Y dominar la serie de movimientos para reproducirlos en caso de agresión.

– Perfecto. Entonces hagámoslo...

Frente a mis ojos impresionados, mi madre aprende a esquivar el ataque de un asaltante, a mantener la distancia, a liberarse si la aprisionan, a ser más fuerte. Ella encadena las técnicas de llaves de brazo, de extracción, de codazos y de rodillazos; y a menudo lo logra, a pesar del tamaño y la experiencia de su adversario. No sé qué tanto es que ella sea talentosa y qué tanto que la deja ganar. Es algo tonto, pero ver esta escena me conmueve. Nils tiene una paciencia increíble con ella, es preciso, rápido y siempre mantiene un perfecto autocontrol. Su inmenso cuerpo se mueve, con toda la sutileza, alrededor de la frágil silueta de Florence. Sin llegar a subestimarla, le demuestra mucha dulzura. Y después de una nueva serie exitosa, mi madre salta en todos los sentidos apretando los puños, como un saltamontes feminista bajo el ácido.

Río a carcajadas, luego pasan a la técnica siguiente y el altercado con Pascal me viene a la mente. Si Nils no hubiera estado allí, mi madre hubiera tenido nuevamente un ojo morado. Y yo más noches sin poder dormir. Él nos evitó eso a ambas, sin jamás perder el control de sí mismo. Sigo a nuestro ángel guardián con la mirada. Analizo su cuerpo en movimiento, como hipnotizada por sus curvas, sus líneas. No es realmente violento, sólo fuerte. Sus intervenciones jamás son gratuitas, maliciosas,

brutales. Sus músculos solo le sirven para proteger. Y darme cuenta de esto solo me hace perder un poco más la cabeza por él...

– ¿Entonces, princesa? - me asusta su voz que me transporta. ¿Disfrutamos de la vida mientras que los demás trabajan?

Él parece fresco como si nada, mientras que mi madre está sin aliento, escarlata, doblada en dos, con las manos puestas sobre los muslos buscando un poco de aire.

– Necesito tomar agua... Tiempo fuera... Ya no tengo veinte años... - intenta articular yendo a sentarse pesadamente cerca de su bolso.

– Sólo quedamos nosotros dos, Señorita Cox... - sonrío el gigante.

– Laine-Cox - lo corrijo.

– Demasiado fácil...

Ignoro sus burlas y me estiro en algunos segundos, solo lo básico. Lista para jugar a los codazos, me acerco al fin a He-Man.

– Más - dice, con el rostro impasible.

– ¿Más qué?

– Calienta más.

– No, ya estoy lista.

– Las lesiones no forman parte de la orden del día - insiste en voz baja. A menos que se trate de dar palmadas en una parte más abombada... Eso sí que me interesaría. Cuando quieras.

Su sonrisa se estira, sus ojos golosos se fijan en mis nalgas (marcadas en unos leggings negros), y de inmediato mis muslos se despiertan. Le echo un vistazo a mi madre, quien vacía su botella de agua sin prestarle atención a nada y, con toda la seguridad del mundo, le saco la lengua a mi *bodyguard*. Caliento un poco más frente a sus ojos, comenzando por la nuca para descender hasta las rodillas (ondulando un poco exageradamente).

– Tobillos - me regaña Nils cuando creo haber terminado ya.

– ¿Perdiste la capacidad de formular frases enteras?

– Tobillos.

Suspiro pero lo hago. Le doy vuelta a mis tobillos en un sentido, luego en el otro, hasta que dos inmensas manos se apoderan bruscamente de mi cintura y me voltean. Ni siquiera tengo tiempo de gritar. En menos de un segundo, me encuentro recostada sobre el piso, bajo el pesado cuerpo del titán.

– Ouch... Creo que ya entendí el mensaje.

– Un ataque nunca avisa, Valentine - murmura. - Son tus reflejos los que harán toda la diferencia...

La espalda me arde. Aunque tal vez sólo sea de deseo. Sus labios están a menos de un centímetro de los míos y su perfume se me sube a la cabeza ya. La tensión entre nosotros es... aplastante.

– Enséñame - le pido de repente.

Él levanta una ceja y luego gruñe en voz baja:

– ¿Serás capaz de escucharme?

– Sí.

– ¿De seguir mis reglas?

– Sí.

– ¿De no renunciar?

– Sí.

– ¿De dar todo de ti?

– Sí.

– Nunca me habías dicho tantos « sí », princesa - sonrío el coloso, orgulloso de sí.

– ¿Seguimos hablando de autodefensa? - le susurro al oído.

Un escalofrío lo recorre, puedo ver sus finos vellos rubios erizándose en su cuello. Luego su mirada me atraviesa. Nuestros ojos se encuentran nuevamente imbricados y soy incapaz de salir de esta repentina fusión tan inesperada. Su gris me hipnotiza. Mi boca está seca. Quisiera que me besara...

– Hmm... me asusta mi madre. Lamento interrumpir pero ya es tarde y me están esperando para desayunar...

Su mirada estupefacta pasa del cuerpo de Nils al mío (situado justo abajo) y luego me interroga. Mientras hago un gesto para levantarme, el Vikingo se levanta con una comodidad desconcertante.

– Nos vamos en cinco minutos - declara calmadamente después de hacerse tronar el cuello.

Luego se aleja para ir por sus cosas. Creo que la sesión de entrenamiento se acaba de terminar un poco antes de lo previsto.

– Tranquila, tus pequeños secretos te pertenecen - sonrío mi madre ofreciéndome una mano para ayudarme a levantar. Pero aquí estaré cuando quieras hablar de ello...

Le doy un beso en la mejilla y me quito sus tenis abigarrados.

– Quédatelos, querida. Creo que los vas a seguir necesitando...

En solo cuatro días, Nils y yo retomamos las clases tres veces. Y si bien la tensión sexual ha aumentado un poco más con cada entrenamiento, mis músculos, por su parte, no parecen apreciar este crescendo. Con cada paso, mis pantorrillas de cartón me hacen sufrir. Al darle un archivo a mi vecina de la derecha, siento como si se me estuviera desgarrando algo. En cuanto a mis nalgas, basta con mirar dos frutas en una licuadora para imaginar su estado.

– ¿Estos sillones siempre estuvieron tan duros? - pienso en voz alta, mientras que Darren se dispone a darle la palabra a Lana.

– ¿Podemos comenzar con la reunión o quieres que te traiga una mecedora? - me manda al diablo secamente el director general. ¿O un sillón de masaje?

– Bueno, ¿puedo comenzar? - se impacienta su mujer de la vida galante.

Darren nos fusila a ambas con la mirada antes de asentir. Me guardo para mí todas las groserías que se me vienen a la mente y luego deslizo mi chaleco bajo mis nalgas. Media hora más tarde, ya no puedo sentirlos, mis músculos están inflamados y el sueño me acecha peligrosamente. Una vibración me sacude, saco mi teléfono y vuelvo a sonreír. La ventaja de tener una mejor amiga adicta a los mensajes de texto, es que la vida se vuelve mucho más divertida, incluso en medio de una reunión de lo más soporífera.

[¿Cuándo me vendrás a ver a NY?]

[Cuando mis músculos estén relajados... Digamos en ocho meses.]

[OK, ya me picaste la curiosidad. Soy toda oídos.]

[Tiene que ver con cierto Vikingo...]

[¡Detalles!]

[Le encanta ponerme las manos encima... Por todas partes... Sobre todo donde me duele...]

[¿Su relación se está volviendo masoquista? No estoy segura de querer escuchar lo que sigue...]

Río imaginándola haciendo muecas y escribo mi respuesta bajo la mesa, con la mayor discreción posible.

[Santurrona...]

[Valentine, esto es grave. Ya no te reconozco.]

Me contengo de reír y escribo sin esperar ni un segundo:

[Nada que ver con el masoquismo. ¡Clases de autodefensa! ¡Me duele todo!]

[Mi nivel de interés acaba de descender dramáticamente. Está a punto de llegar a cero.]

[Dos palabras: promiscuidad y sudor.]

[OK. ¡Acaba de volver a subir!]

[Creo que ya es hora de que actives de nuevo tu vida sexual, querida.]

[No, es demasiado caro. Estoy viviendo de mi tarjeta de crédito.]

[Encuétrate un banquero.]

[Sí. Imagino que todos los *bodyguards* ya están tomados... Suspiro.]

[Que una horda de ninfómanas intente acercarse al mío para ver... ¡Ya domino la técnica del puñetazo!]

[¿Al « tuyo »?]

[Sí, bueno, ya sabes lo que quiero decir...]

[No realmente. Dime más para ver...]

[¡Estoy entrando a un túnel! ¡Adiós!]

Guardo mi iPhone en mi bolso y logro permanecer despierta durante el resto de la reunión. En cuanto a concentrarme, esa es otra historia. Lana es muy trabajadora, su presentación es sin duda irreprochable, pero estoy en otro planeta. Con alguien más. Las imágenes de sus manos sobre mi piel me vienen a la mente. Su aliento cálido sobre mi cuello. Su mirada de ángel bajo su apariencia de *bad boy*. Sus labios carnosos pronunciando palabras que no comprendo. Me duele todo el cuerpo. Solo tengo unas ganas furiosas de regresar a todo eso. Incluso a más que solo eso.

Cuando llega la hora del desayuno, la pecera se queda sin todos sus peces, excepto por el gran tiburón blanco y su hija.

– Tu teléfono parecía interesarte más que los nuevos presupuestos, Valentine.

– « Siempre capaz de hacer varias cosas a la vez »: fuiste tú quien me lo enseñaste, Darren.

Alzo los hombros y él me mira, a la vez irritado e indiferente. Como siempre, nuestras conversaciones están llenas de una especie de agresividad contenida, disfrazada, silenciosa. A pesar de todos mis esfuerzos, tengo bastante miedo de no llegar jamás a amar a este hombre. Y creo que es algo recíproco.

– ¿Imagino que tu madre está aquí por ti? - pregunta de pronto, mirando por la ventana detrás de mí.

Con un pequeño vestido de flores, lentes de sol y piernas interminables, ella me hace señas al otro lado. A dos pasos de ella, Nils. Con pantalón de mezclilla y camisa beige. Mis ojos no se cansan de verlo, mi corazón se enloquece. Les hago una señal de que voy para allá, Darren suspira y se levanta de su asiento.

– Ten cuidado con quién te involucras, hija... - murmura él pasando a mí lado.

– ¿Perdón? - pregunto, impactada por su arrogancia. ¿Puedes repetir eso?

– Eriksen se siente demasiado cómodo con esta familia, me parece que te cuida las espaldas demasiado de cerca. No olvides quién es él. Tu empleado. Tu perro guardián. Lo único que se le pide, es que reciba los golpes en tu lugar. Una bala si es necesario. Punto final.

– Te recuerdo que *tú* lo contrataste. *Tú* lo metiste en nuestras vidas. En la mía.

– Por tu seguridad. No para que se aprovechara de tu inexperiencia y tu ingenuidad.

Ganas. De. Gritar.

– No se oye tan mal « Valentine Eriksen » - sonrió falsamente. - ¿No crees?

– No juegues con fuego - gruñe mi progenitor.

– Uno: te estás inventando cosas. Dos: puede ser que controles mi vida profesional, pero nada más

- silbo desafiándolo con la mirada. - No te recomendaría meterte con mi vida privada, Darren.

– Que Eriksen se quede en su lugar - insiste abriendo secamente la puerta. - No lo repetiré.

¿No querrás una pequeña demostración de Krav- Maga justo ahora?

No tengo tiempo de derrumbarlo sobre la moqueta immaculada de la sala de reuniones. Apenas si pone un pie afuera de la pecera antes que mi madre se lance sobre él para darle un beso digno de las más grandes películas de Hollywood. Y para mi gran sorpresa, a Darren no parece disgustarle. Su encuentro dura varios segundos, durante los cuales Nils y yo intercambiamos miradas... incómodas. Finalmente, el beso llega a su fin y Florence lo suelta, mirando a su alrededor:

– ¿Lana no está por aquí? ¡Lástima! Querida, ¿vamos a desayunar?

Su risa franca y contagiosa me contamina y la sigo, pasando frente a mi padre, justificadamente asombrado por esta invasión femenina.

– Lo sabía - me susurra mi madre. - La pasión sigue estando allí...

Hmm. Ligeras náuseas.

En el ascensor, mientras que Florence se pone bella frente al espejo (hay que decir que su labial ya está muy gastado...), Nils y yo nos lanzamos en un juego de miradas que dice bastante.

La mía: *Esa camiseta pegada es un insulto a la moral...*

La suya: *Deja mi camiseta. ¿Recuerdas esa parte abultada de la que te hablé?*

La mía: *¿Sí...?*

La suya: *Cada vez tengo más ganas de darle una palmada...*

Ignoro si se imagina algo, pero Florence no se enoja cuando aplazo esa comida (un dolor de estómago abrupto y de origen desconocido...). Le sonrío tímidamente mientras que ella sube al ascensor para ir a ver a Darren a su oficina. Nils se prepara para llevarme a casa. Solo que una vez en el tanque, le doy otro destino distinto:

– ¡Nos dirigimos al hangar, coach!

El Vikingo sonrío con todos sus dientes blancos y pisa el acelerador a fondo hasta llegar frente a nuestra sala de entrenamiento. Casi corriendo, atravesamos los largos pasillos mal iluminados y entramos al fin en nuestra pieza secreta. Aparte de nuestras respiraciones entrecortadas, el silencio es total. No hay ni un alma alrededor. Solo él y yo. Y esa camiseta demasiado cerca de su cuerpo...

– Tenemos un problema - murmuro comiéndome a mi entrenador con la mirada. No tenemos nuestra ropa de ejercicio...

– Tenías todo bien calculado - me dice entrecerrando los ojos.

Esa voz ronca. Esa mirada transparente. Ese cuerpo magistral. En él todo es vivo, intenso, viril. Y todo me llama.

– Esa camiseta debe desaparecer - le digo nerviosamente.

– No estoy seguro de que hayas entendido bien - me dice acercándose amenazante. Yo soy tu coach. Me debes obediencia y sumisión...

Finalmente, Aina tenía razón: el sadomasoquismo no puede estar muy lejos.

– Entonces pruébame - lo desafío con una mirada.

– No me lo tienes que decir dos veces - gruñe aplacándome súbitamente contra sí.

Sus labios chocan contra los míos, yo gimo y él gruñe. Nuestro beso es de un poder tal, que me da

mareo. Luego sus manos me levantan y sus piernas nos llevan hasta la pared más cercana. Nils me aplasta brutalmente contra la superficie fría arrancándome un grito y lo beso apasionadamente. Llevo una eternidad soñando con este encuentro salvaje, animal.

Todo mi cuerpo tiembla cuando una de sus manos sube por mi muslo. Se sobresalta cuando esta desabrocha secamente mi botón. Y suspira cuando desaparece bajo mi pantalón.

– ¿Así es como me enseñas a defenderme? - me estremezco mientras que su palma suave y traviesa se coloca sobre mi intimidad.

– Mierda... - resopla contra mi oído. ¿No traes bragas, princesa? ¿Quieres matarme?

– Eso parece más bien gustarte, ¿no?

Mi sonrisa burlona se borra tan rápido como apareció. Tiemblo intensamente cuando su pulgar roza mi clítoris. Mientras me toca, Nils me besa de nuevo, acariciando sensualmente mi lengua con la suya. A menudo sus besos tienen cierta urgencia, pero no esta vez. Con una mano en mi pantalón y otra en mi cabello, el Vikingo se toma su tiempo. Me degusta, me saborea. Mi piel es tan receptiva a esta languidez que arde instantáneamente. Gimo entre sus labios, él se enardece y hunde un dedo en mí.

– Hmm... Adoro la defensa personal - murmuro con una voz ronca.

– No es sólo técnica, también es *feeling* - me recuerda mi coach mordiendo el labio.

Su dedo... Sigue en mí... Quiere volverme loca.

– Muéstrame - gimo. Creo que no lo recuerdo todo bien.

– Y sin embargo, lo haces bastante bien - sonrío insolentemente el coloso pellizcando mi clítoris.

Una descarga eléctrica me recorre, de los pies a la cabeza. Suelto un grito, me hundo en su rostro y le muerdo la boca.

– ¡Eso fue trampa! - gruño mientras él me obliga a retroceder.

– ¿Quién dijo que seguía las reglas? ¿Creíste que era inocente y bueno?

Con la mano todavía entre mis muslos, se pasa la lengua por el lugar donde lo mordí y muerdo de ganas por volver a hacerlo.

– Olvidaba que no eres más que un bárbaro - lo provoco.

Nils entrecierra los ojos e inclina la cabeza hacia mí. Su aroma viril y a madera me invade y los escalofríos vuelven a comenzar.

– Durante los próximos sesenta minutos, ya nada está prohibido - me susurra al oído penetrándome con un segundo dedo. - Ahora cállate si no quieres que me detenga...

Ni una palabra inteligible más sale de mi boca. Aplacada contra la pared fría del hangar que hasta ahora nos servía de sala de entrenamiento, me arqueo para ofrecerme más a sus caricias. Mis gruñidos resuenan en toda la pieza, Nils despierta todas las células de mi cuerpo, una tras otra. Su insolencia, su brusquedad, su suavidad, el bulto que siento crecer entre sus piernas: todo en él me excita. Siento el placer aumentando, clavo mis uñas en sus musculosos hombros para no perder el equilibrio. Intento arrancarle la camisa, subirla sobre su torso pero no logro nada, el Vikingo no coopera.

Entonces me conformo con deslizar mis manos bajo la tela y rozar sus abdominales con la punta de mis dedos. Su piel es suave, al contrario de mis caricias que son cada vez más intensas. Jadeo, con el sexo en llamas y él suelta algunas groserías comentando lo mojada que estoy.

Es tu culpa, Vikingo.

Nuestras bocas podrían tocarse por lo cercanas que están, nuestros alientos se mezclan, pero Nils no me besa. No intento nada, demasiado ofuscada por el embriagante calor que crece en mí. La escena pasa como en cámara lenta en mi mente por lo bien que se siente, pero mi corazón late a mil

por hora. Me aferro con todas mis fuerzas a su cuerpo y me froto contra él.

– El placer te vuelve... animal - le resoplo a mi amante. No me esperaba eso.

– Aun no has visto nada, Nils... - respondo perdiéndome en su mirada chispeante.

Por un instante, su seguridad vacila. Pagaría lo que fuera por ver las imágenes que pasan por su mente, adivinar los sentimientos que le inundan. Pero un guerrero vikingo no se deja descifrar tan fácil. Cuando sus dedos encuentran de nuevo su camino y un largo gemido se escapa de mi garganta, su pasión renace. Bruscamente, su mano libre rodea mi cuello, sus dedos rozan la línea de mi mandíbula y luego acarician mi boca.

Más sensual no se puede.

– Pocas personas me intrigan, Valentine - suelta su voz ronca, casi como una confesión. - Pero tú...

– ¿Yo?

– Tu cuerpo... Es como si hubiera estado hecho para mí. Para que lo toque. Que lo posea.

– Nadie sabe volverme loca como tú - gimo cuando su mano vuelve a salir de mi pantalón.

Sus gestos son vivos, precisos, casi militares. Su pantalón, sus bóxers y sus zapatos siguen el movimiento inverso para desaparecer, frente a mis ojos fascinados. Devoro con la mirada su sexo erguido, imaginándolo ya en mí. Luego sus grandes manos atacan mi camisa, mi sostén color carne, con una destreza que me perturba.

– A veces me pregunto a cuántas mujeres has desvestido para ser tan eficaz - comento con ironía.

– Es un don innato... - gruñe el Neandertal apoderándose de mis senos.

– ¿Y mi pantalón? ¿Qué le piensas hacer?

– Le tengo cariño...

Nils pone sus manos en mi cintura y luego las desliza bajo la tela negra. Mientras que lo beso con ardor, él masajea mis nalgas produciendo toda especie de sonidos bestiales.

– Maldito trasero perfecto... - gruñe mientras me sigue manoseando.

Esta vez, soy yo quien lo empuja contra la pared. Me las arreglo para deshacerme de mi pantalón y de mis tacones lo más rápido posible. Nils sonrío mirándome hacerlo. Pasa la mano por mi cabello despeinado, observando mi cuerpo con insistencia.

Este hombre haría sonrojar hasta a la más impúdica de todas...

Me acerco lentamente a él, deseando grabar en mi memoria esta imagen suntuosa. Las líneas, las curvas de su cuerpo. Su torso musculoso, volteado hacia mí, que se infla un poco más con cada respiración. Esa mirada tensa, concentrada, siempre alerta. El color transparente de sus pupilas, tan fascinantes. Y ese sexo orgullosamente erguido, listo para usarse.

Sin pensarlo, caigo de rodillas. Sin darle tiempo de pensar, lo tomo con mi boca. Sin pronunciar una sola palabra, él exhala, se tensa. Su rostro con belleza bruta me parece aturdido, casi pasmado, no esperaba eso de mi parte. Succiono lentamente la extremidad hinchada de su glande y lo hago estremecer. Rodeo su erección con mi mano y le imprimo un ligero vaivén. Un grito sordo se escapa de su garganta.

– Valentine... - murmura. Tu boca... Tu lengua... Es...

Manteniéndolo entre mis labios, levanto los ojos y me clavo en su mirada. Es tan apuesto que creo que voy a morir. De él emana esa increíble mezcla de acero glacial y de lava ardiente. La fuerza, la animalidad que se desprenden de todo su ser me hacen gemir por mi parte. Me enardezco, voy más lejos, más fuerte, a pesar de su imponente tamaño. Lo introduzco hasta el fondo de mi garganta, él desliza sus dedos en mi cabello y los jala suavemente. Gruñe y yo acelero. Su placer me excita tanto que siento mi propio sexo palpitar.

Mi cabeza vay viene al ritmo de su deseo, mi mano se agita a lo largo de su sexo. Nils hace

algunos movimientos sensuales con la pelvis, pero adivino que no se atreve a soltarse totalmente, a tomar el control, como lo haría tal vez con cualquier otra. Aprecio eso en él: que no siempre crea que tiene todo ganado. Y que domarme le importa más que poseerme.

Paso mi lengua por todas partes, inclino mi cabeza para descubrirlo mejor. Su virilidad se endurece más, se infla, se estira. Las rodillas me arden pero no les pongo mucha atención: me aferro a sus muslos de cemento y me esmero en darle todo el placer del que sea capaz. Él me mira de nuevo, sus pupilas azul cielo se han ennegrecido repentinamente con el deseo. Sin dejar jamás de acariciarlo y cosquillearlo con la punta de la lengua, lo provocho con la mirada. Sólo porque es demasiado tentador.

– Te diviertes, ¿verdad? - silba entre dos respiraciones caóticas.

– No tienes ni idea. La vista es tan bella desde aquí abajo...

– Tampoco será mala desde atrás - gruñe de repente levantándose del piso.

No tengo el gusto de ver sus músculos marcándose bajo su piel. Nils me pone de pie y me voltea en menos tiempo de lo que puedo decirlo. Pegado a mí, a mis espaldas, siento su sexo impaciente golpear contra mi entrepierna. Sus manos se pasean sobre mi piel, para probar su temperatura. Me estremezco cuando toma mis senos. Gimo cuando toca mi clítoris. Suelto un grito cuando clava un dedo en mí para verificar que esté... lista.

Y lo estoy. Como nunca.

Cuando me penetra, colocado detrás de mí, el Vikingo se muestra brusco e impaciente. Exactamente como quiero. No se pone preservativo. Exactamente como lo deseo. Como lo decidimos. La quemazón de su sexo me arranca un grito ahogado, no se detiene. Sus gestos son directos, desprovistos de toda delicadeza. Y eso me gusta infinitamente. Me arqueo, separo un poco más las piernas para recibirlo profundamente, él rodea mi vientre con su brazo y luego desciende hacia mi clítoris para estimularlo con la mano derecha.

Me. Estoy. Volviendo. Loca.

– ¡Sí, Nils! ¡Tómame! - grito, escuchando el eco de mi voz en el hangar.

Ya no siento nada que no sea su virilidad colmándome. Aplaco las manos contra la pared, para mantener el equilibrio. Sus puñaladas se encadenan con una determinación salvaje. Detrás de mí, el bárbaro acaba conmigo. Gruñe, suspira, me mordisquea el hombro, me jala el cabello, me da una nalgada. Está por todas partes, sobre mi piel, en mi piel, incrustado en lo más profundo. Gimo, le pido más, inundada por un deseo por él como jamás había sentido.

– Princesa rebelde... - repite varias veces a mi oído.

El golpeteo rítmico de su piel contra la mía y su embriagante letanía atizan más mi excitación. Mi feminidad se contrae, se aprieta alrededor de él. De pronto, tomo sus manos y las pongo sobre mis senos. Él me penetra un poco más fuerte pellizcando mis pezones, pierdo la cabeza. Ondulo contra él, me agito, marco mi propio ritmo moviendo las caderas y él aplaca sus manos sobre mis nalgas para obligarme a esperar.

Es el Vikingo quien manda.

Algunos suspiros más tarde, el momento ha llegado. Jadeante, deslizo mi mano entre mis muslos mientras que él me sigue llenando. Las sensaciones me invaden por todas partes, me sumergen, sin jamás dejarme recobrar el aliento ni la calma. Mis músculos se tensan, sus gruñidos viriles me impulsan al infinito. La ola me sumerge con todo su poder, el orgasmo me lleva. Este es de una intensidad casi irreal, me cuesta trabajo permanecer de pie. Me aferro al muro y no intento contener mis gritos. Nils me toma las caderas con suavidad, esta vez, y me da una última puñalada. Lo siento temblar en mi espalda, luego sus labios se pierden en mi nuca, sus manos me rodean, me aprietan, me

llenan de escalofríos. Me doy cuenta de que durante este encuentro éramos libres.

Y que todo está prohibido de nuevo...

5. ¡Fuera todos!

Nils

¿Quién tuvo la genial idea de construir esta estúpida sala de reunión con ventanales? En el interior, todos parecen peces que mueven los labios sin lograr hacer jamás una maldita burbuja. O figuras de Playmobil nuevas encerradas en su caja de plástico, obedientemente sentadas ahí donde les indicaron. Y cuando estás al exterior, no hay manera de que no parezcas un voyeur. O peor aún, me siento como esos idiotas que van al zoológico para ver a chimpancés reproduciéndose o divirtiéndose enseñándole el trasero a los visitantes, y que tiene ganas de dar un golpe en el cristal porque no pasa nada y quiere desquitar sus cincuenta dólares.

Sí, estoy de mal humor. No debería poder verse a las personas trabajando, hablando, bostezando, molestándose. Es privado. Y yo no debería ver a esa maldita princesa que cruza y separa las piernas como si tuviera ganas de ir al baño... u otra cosa. Tal vez la misma cosa que yo.

Ser su guardaespaldas estuvo bien. Su amigo con derechos, regular, exclusivo, yo también lo elegí. Pero tenerla permanentemente a la vista, en la mansión Cox, aquí en la torre, allá en mi catre, en todos sus desplazamientos, sentada en mi Hummer, sobre el sillón de su oficina, el asiento de un avión o a horcajadas sobre mí, comienza a subírseme a la cabeza. Tengo que lograr mirar hacia otro lado. Concentrarme en otra cosa. Tener otro maldito pensamiento que no sean esos senos en mis manos, su nuca entre mis manos, su... Bueno. OK. Entendido.

Los peces se agitan en silencio en la pecera hermética. No entiendo qué es lo que pasa más que cuando miro a mi alrededor: de pronto está obscuro, a pesar del sol de finales de marzo detrás de las ventanas. Las oficinas de la torre Cox siempre están sobre iluminadas para que los empleados olviden que es muy temprano por la mañana, tarde por la noche y que están trabajando horas de más. Debe haber estallado un fusible. Nada grave.

Sin embargo, veo a los chimpancés entrando en pánico detrás de su ventana. Y eso me remueve algo en el pecho. Busco a Valentine por reflejo: su mirada negra se oscurece más y su bella boca gritar cosas que no parecen ser palabras de amor. Me vuelve loco no escucharlas. Necesito solo siete pasos para entrar en la caja de plástico y escuchar los primeros gritos. Un segundo más para darme cuenta del terrible incendio en el ángulo muerto de la sala de reuniones. Frente a las flamas de ya más de un metro de alto, la maldita princesa juega a la valiente con un extintor de bolsillo. En el piso, un montón de cables empolvados y de contactos múltiples sobrecargados, el terreno favorito de los accidentes eléctricos. Algo chispea, como un cortocircuito. No me gusta ese ruido. Después de otros gritos enloquecidos, una explosión se produce: la explosión atiza el fuego que crece y ahora invade la pared a la altura del rostro de Valentine. Tres zancadas y dos sillas tiradas más tarde, la saco de ahí con todas mis fuerzas. Me quemo terriblemente las manos pero prefiero eso a que ella se queme siquiera las pestañas.

– ¡Fuera, todos! - grito llevando a Valentine a un lugar seguro.

Un movimiento de pánico los hace salir de la pecera corriendo, gritando, pero puedo ver que nadie está herido. Una vez que Valentine está fuera de peligro, pesco a un agente de seguridad que parece un niño entrando a la pubertad pero bastante regordete, con la velocidad de una cría de

elefante que apenas acaba de aprender a caminar:

– Pide refuerzos. Y encuentra un extintor de verdad. ¡Muévete!

Mi mente analiza rápidamente la situación: el fuego es intenso pero está contenido y no representa un peligro inmediato. Escucho ya una sirena de bomberos abajo. Y la piel de mis manos empieza ya a tener ampollas, así que se trata de una quemadura de segundo grado.

– Nils, tus manos... - farfulla Valentine poniéndose pálida.

– No te preocupes por eso - respondo con una voz firme.

Su rostro inquieto reaviva mi dolor y me recuerda de inmediato la regla de los quince: « 15 minutos bajo el agua a 15 grados y a 15 centímetros de la llave ». Es lo único que hay que hacer. Y lo más pronto posible. Sin dejar de ver a la princesa, abro de una patada la puerta del baño más cercano y paso las manos bajo el agua fresca.

– Lana, también hay que llamar a la policía - le ordeno calmadamente a la rubia que me observa desde el pasillo. Debemos saber si fue un accidente o si había una intención criminal. - ¿Puedes hacerlo?

A juzgar por su aire aturdido, creo que no. La mujer de unos cuarenta años con maquillaje impecable marca el número en su celular pero sus dedos y sus labios pálidos tiemblan tanto que temo que se desmaye. Pero no quiero pedirle eso a Valentine, quien parece estar conmocionada. Sin embargo, ella se pone a sacudir a la amante de su padre mientras que tres agentes de seguridad que llegaron de refuerzo controlan el incendio en la sala de reuniones.

– ¡Lana, contrólate! ¡Estabas al otro lado de la habitación, nunca corriste ningún riesgo!

– No tienes que hablarme así - chilla ella, con el teléfono pegado al oído. - Sí, hola señor, soy... Tenemos mucho miedo... Lo llamo para... Es el grupo Cox... Me llamo Lana Wright y... - balbucea en todos los sentidos.

– ¡Maldita sea, a nadie le importa tu nombre ni tus emociones! - se desespera la morena incendiaria arrancándole el teléfono de las manos.

Valentine se encarga de dar la información esencial con un aplomo que me sorprende.

– ¿Puede enviar también una ambulancia? Tenemos un quemado. ¡Gracias!

– Soy perfectamente capaz de caminar al hospital - gruño cuando ella cuelga.

– Deja que los profesionales hagan su trabajo - me dice con una sonrisa cínica, como si yo hubiera pronunciado esa misma frase algún día.

Bueno, puede ser que sí. Pero solo era para molestarla.

A pesar de mis protestas, no pude ahorrarme el trayecto en ambulancia, ni ver a Valentine sentada sobre el asiento plegable cerca del paramédico, con sus ojos brillosos por las lágrimas que caen sobre mi piel al rojo vivo. Después de una buena hora de cuidados y dos enormes vendajes en las manos, regreso a la habitación de hospital donde ella me espera con la misma mirada conmocionada, lo cual me duele más que cualquier otra cosa.

– Te prohíbo que te preocupes por mí.

– No estoy preocupada - se defiende. - Estoy molesta.

– Me habría sorprendido si no - digo con un suspiro.

– No necesitas jugar al salvador conmigo, Nils Eriksen. Me las estaba arreglando bien con ese extintor antes de que llegaras.

– La prueba es que tu ropa huele a quemado hasta acá - me burlo gentilmente.

– Creí que te gustaban las parrilladas...

– Sí. Pero a ti prefiero comerte cruda.

Le sonrío. Sus ojos negros, húmedos y enternecedores cambian de tono cuando sostiene mi mirada, a la vez molesta conmigo, todavía un poco en shock por el incidente y tal vez un poco tranquila de que aun podamos enviarnos indirectas así.

– Aun así, me siento culpable - refunfuña ella mirando mis vendajes.

– Eso también te lo prohíbo. Hice mi trabajo, nada más. Estabas en peligro y te protegí. Para eso me pagan.

– Está bien, no tienes que leerme todo tu contrato - responde con una actitud algo burlona. Sé que el dinero es todo lo que te interesa.

– El dinero, el sexo y la comida - confirmo jugando al Cromañón. No necesariamente en ese orden.

– Voy a dejarte...

– Quédate - la interrumpo antes de que encuentre una excusa tonta.

Nuestras miradas se hablan de nuevo, en silencio, y siento la emoción ganándome, los nervios cediendo y la presión bajando por fin. Las princesas rebeldes también ceden a veces.

– Tuve muchísimo miedo - se estremece ella, con su bello rostro volteado hacia la ventana. - ¿Cómo pudo pasar eso?

– Sin duda un cortocircuito enorme - gruño. - Ustedes y sus malditos accesorios de alta tecnología... Pero hiciste lo correcto, Valentine. Es solo una quemadura. Estaré bien.

Tengo muchas ganas de extender la mano para tomarla del brazo, la cintura, cualquier cosa. Para jalarla hacia mí y dejarla llorar sin que nadie la vea, pero no estoy en condiciones de hacerlo. Estos vendajes me están hartando. Y para ser muy honesto, las manos me duelen como nunca.

Su madre y su mejor amiga aparecen en la habitación del hospital y las efusiones comienzan, como si yo no estuviera ahí. Se ve la emoción en los rostros, los sentimientos y el cariño que desbordan, y eso me provocan ganas de irme de aquí cuanto antes.

– Nils, me contaron de tu gesto realmente heroico, gracias por salvar a mi hija - me dice Florence antes de darme un beso en la mejilla.

– No hay ningún problema.

– Sí, gracias *sexyguard* - se divierte Aïna. Con el cabello corto todavía se ve aceptable, pero calva, no creo que Valentine se vea tan bien...

– Las pestañas - agregó... Las pestañas fueron lo primero que salvé. Jamás podría haber vuelto a verla a los ojos sin burlarme.

Todo el mundo ríe y la atmósfera se relaja un poco. Hasta que un maldito nombre sale a relucir:

– Milo está aquí también, Valentine - le susurra su madre. Está dando vueltas afuera de la habitación, se preocupa mucho por ti...

– Iré a verlo más tarde - suspira ella. - Esto no es asunto suyo. Ni mío.

– Deberías descansar, querida.

– ¡Y tú también, *Hombre manos de tijera!* - exclama Aïna lanzándome un guiño. Bueno, de manos de algodón que apestan a pomada. Vamos, dejemos a los tórtos...

Ella se calla dándose cuenta de que « tórtolos » iría demasiado lejos.

– Su enorme vendaje metido en tu boca podría hacerte callar en cualquier momento - bromea Valentine con su amiga.

– ¡Los torturados, quise decir! ¡Por estas cosas que les suceden! Y que Nils realmente está sufriendo una tortura con tantas vendas... - sigue intentando salvar la situación. - ¡Adiós, mis pequeños

torturados!

Florence se la lleva a la fuerza hasta la salida, evitando reír mientras que Valentine fusila a Aïna con la mirada. Ambas mujeres son remplazadas por un Samuel demasiado emocionado, que de pronto vuelve la habitación más minúscula, caminando alrededor de la cama e intentando hacer la mayor cantidad de bromas posible para no admitir el susto que se llevó.

– ¡Mierda, Nils, mira lo que hiciste! ¡Faith me avisó! ¡Ya te dije que no metas las manos en las tomas eléctricas, mierda! ¿Ahora quién le va a acariciar el vientre peludo a Willy?

– Ahora yo los dejaré tranquilos... - decide Valentine escapándose.

Sam se separa dando una vuelta exagerada para dejar salir a la princesa, y percibo a De Clare en el marco de la puerta.

– ¡Psst, deja la puerta y cállate! - le susurro a mi hermano.

– ¡¿Qué?!

– ¡Shh!

– Ah OK, ¿hay un micrófono bajo tu cama?

Lo tomo del cuello atrapándolo bajo mi codo y le aplaco la cabeza contra mi almohada para que se calle. Afuera, puedo escuchar fragmentos de la conversación entre Valentine y el idiota:

– Estoy bien, Milo. Si no viniste a visitar a Nils, no tienes nada que hacer aquí.

– Me asusté demasiado - insiste él. - Y me di cuenta de algo muy importante. Me equivoqué ¿OK? Pero estoy dispuesto a tragarme el orgullo y hacer las paces.

– ¿Con él también?

– ¿Quién, Nilsen? Me pides demasiado, hermosa...

Que deje de llamarla con ese tipo de adjetivos o lo hago comerse mi puño...

– Empieza por dejar de llamarme así, por favor - suspira ella, aparentemente molesta.

– Valentine, me entristece enormemente que nos hayamos alejado tanto después de todos los momentos de felicidad que hemos compartido.

¡¿Quién diablos habla así en la vida real?!

– Milo, lo único que puedo ofrecerte es mi amistad...

– Y estoy dispuesto a aceptarla - le responde con un tono decepcionado.

¡Lástima, me hubiera encantado escuchar a ese hijo de papá arrastrándose!

– Bueno, ¿podemos hablar de algo que no sea de ella? - se impacienta Samuel, todavía atrapado entre mi codo y la almohada.

– Lo siento. ¡Pero no me obligues a hacerlo otra vez! - le digo para prevenirlo.

– ¡¿Qué?! ¿Tú juegas al príncipe azul que salva de las llamas a una doncella en peligro y yo ni siquiera puedo bromear con eso?

Intento atraparlo de nuevo pero el astuto me esquivo saltando al otro lado de la habitación.

– Qué extraño, creí que tu regla número uno era no involucrarse con los clientes. ¡El amor y el trabajo no se mezclan!

– Hasta ahora lo había logrado - murmuro para que deje de reír.

– ¿Y luego?

– Creo que si lo hubiera pensado un segundo más antes volar a ayudarla, tendría manos en lugar de estas malditas vendas.

– ¡Eso se llama devoción! No se te puede reprochar nada. ¡Hubieras corrido para salvar hasta a la más fea de la familia Cox!

– Tal vez.

– ¡Hasta a mí me habrías cargado como una pareja de recién casados! - bromea Samuel saltando

sobre mis rodillas.

– ¡Seguro! - digo empujándolo. - Pero sabes que respondo mal al afecto. Necesito utilizar el 100 % de mi cerebro para hacer correctamente mi trabajo.

– ¡Esperen, detengan todo! - sobreactúa mi hermano quedándose fijo en medio de mi habitación de hospital. - Nils Eriksen acaba de pronunciar la palabra « afecto ». Como en « cariño ». Como en... « amor ».

– ¡Ve a que te curen, Sam! El área de psiquiatría está al lado.

Y le lanzo mi almohada a la cara para que no me vea sonreír.

Un poco después del mediodía, tuve que autorizar que mi maldita princesa regresara a mi habitación, puesto que se negaba a regresar a casa y arañaba mi puerta como un gato abandonado. Y además, necesitaba ayuda. La comida del hospital emana un olor infame pero no dejaré que esta bandeja se vaya a la basura. Ni dejar que una enfermera me la diera en la boca. Todavía me queda un poco de dignidad. Después de tres intentos infructuosos para tomar la sopa directamente del tazón, acepto la pajilla que Valentine fue a pedir para mí (burlándose un poco de paso). Pero aun así, me niego a que me haga comer ese puré verdoso y ese intento de carne no identificado. No me gusta mucho pero me conformo con el yogurt, el cual tal vez podré tomar directamente del bote, si algún día logro abrir esa maldita tapa.

Pero es la puerta de mi habitación la primera en abrirse, sin que nadie haya tocado. Típico. Darren Cox se presenta, para sorpresa general, acompañado de un tipo con traje negro y cara cuadrada. No necesito más de tres segundos para comprender lo que me va a pasar. El hombre, con sus enormes brazos y sus rasgos un poco asiáticos, seguramente debe de ser campeón mundial de algún arte marcial oscuro.

Mierda, me estoy volviendo un idiota. Y racista...

– En vista de su estado actual, Eriksen... - comienza Cox sin siquiera decir hola, ni mucho menos gracias, pienso que desde ahora es incapaz de ocuparse de la seguridad de Valentine, como lo exige su contrato. Por lo tanto, ya no requeriremos de sus servicios. Y preferí llamar a otra agencia que no fuera SAFE para encontrar a su remplazo. Valentine, te presento a Zian. Él entra en funciones desde este momento y tu protección será reforzada hasta que el reporte oficial determine si se trató de un incendio accidental o criminal.

La veo abrir y cerrar la boca varias veces, como si dudara en responder, pero finalmente renuncia. Puede ser que el miedo que pasó esta mañana le haya quitado las ganas de mandar al diablo a su padre. O puede ser también que, por primera vez, crea que él tiene razón. Estuvo al borde de la catástrofe, debe querer a alguien que se ocupe de ella.

En lugar de tener que ocuparse de mí.

Ella voltea su rostro hacia el mío, pareciendo confundida, y siento que me pide mi opinión en silencio. Me quedo petrificado. No quiero decidir en su lugar. Hubiera querido escucharla desgañitarse contra el tirano Cox y sus decisiones arbitrarias. como lo hizo cuando me reclutó a mí. Me hubiera encantado verla jugar a la rebelde esta vez, mandar al diablo al viejo y al joven playboy con una sola frase asesina. Sí, puede ser que esté un poco celoso. Pero no será ese idiota fisicoculturista quien pueda protegerla. Solo en las películas de acción los guardaespaldas llevan traje todo el día.

Por otra parte, con mi disfraz de momia, sin duda no soy la mejor persona para cuidarla en los

próximos días. Ni siquiera soy capaz de abrirme un maldito yogurt yo mismo. Y tengo que sentarme para orinar. En cuestiones de virilidad, no soy lo más ejemplar.

Mientras que Valentine piensa, intento ser honesto conmigo mismo: hace mucho tiempo que debí cederle mi lugar a otro, dejar de mezclar los negocios con el placer. Esta es la oportunidad perfecta para tomar esa decisión sin tener que explicarme. ¿Pero entonces por qué esto me molesta tanto?

– ¿Tú no opinas nada? - termina ella por preguntar, con la voz neutra.

– No puedo hacer nada con esto - gruño levantando mis manos vendadas. - Y hasta que llegue el veredicto final, debes estar protegida en todo momento.

Intento no haber hecho muecas o fruncido el ceño, pero no sé qué es lo que lee en mi rostro. La maldita princesa sigue observándome como si esperara algo más. Un « pero ». Un « no te preocupes, yo cuidaré de ti ». Lo lamento, no será así. Ella desvía sus ojos negros y fríos, mira a su padre y asiente con la cabeza en silencio. Tengo unas ganas incontrolables de gritar.

– Perfecto - se felicita Darren frotándose las manos ásperas. Zian, no te alejes de mi hija ni un centímetro hasta recibir una nueva orden. Valentine, te recuerdo que partirás tres días a Nueva York mañana por la mañana. Eriksen, que tenga buen regreso a su casa. Este será su último cheque.

Él lo suelta en la orilla de mi cama; ni siquiera tiene el valor suficiente de acercarse un poco más. El estómago se me quiere salir del pecho. Quiero creer que es por el hambre. La enfermera en turno se acerca, a esta lúgubre habitación de hospital que se ha vuelto un verdadero remolino, y le ordena a todos que salgan, que se ha terminado la hora de visitas, fuera, hay que cambiar las vendas, adiós a todos, déjenme aquí, no quiero que se atrasen por mi culpa.

Valentine es la última en salir. Ni siquiera escucho lo que me farfulla. No me importa. Solamente veo al gorila con traje negro haciéndola pasar frente a él. Interponiéndose entre ella y yo. Ahora yo soy el peligro. Y *ellos* van a pasar tres días en Nueva York, los dos juntos, en el mismo hotel. Podría apostar lo que fuera a que él va a insistir para que compartan la misma habitación.

Con una patada, mando por el aire el cheque de Cox. Maldita princesa. Nunca es rebelde cuando necesita serlo.

Continuará...

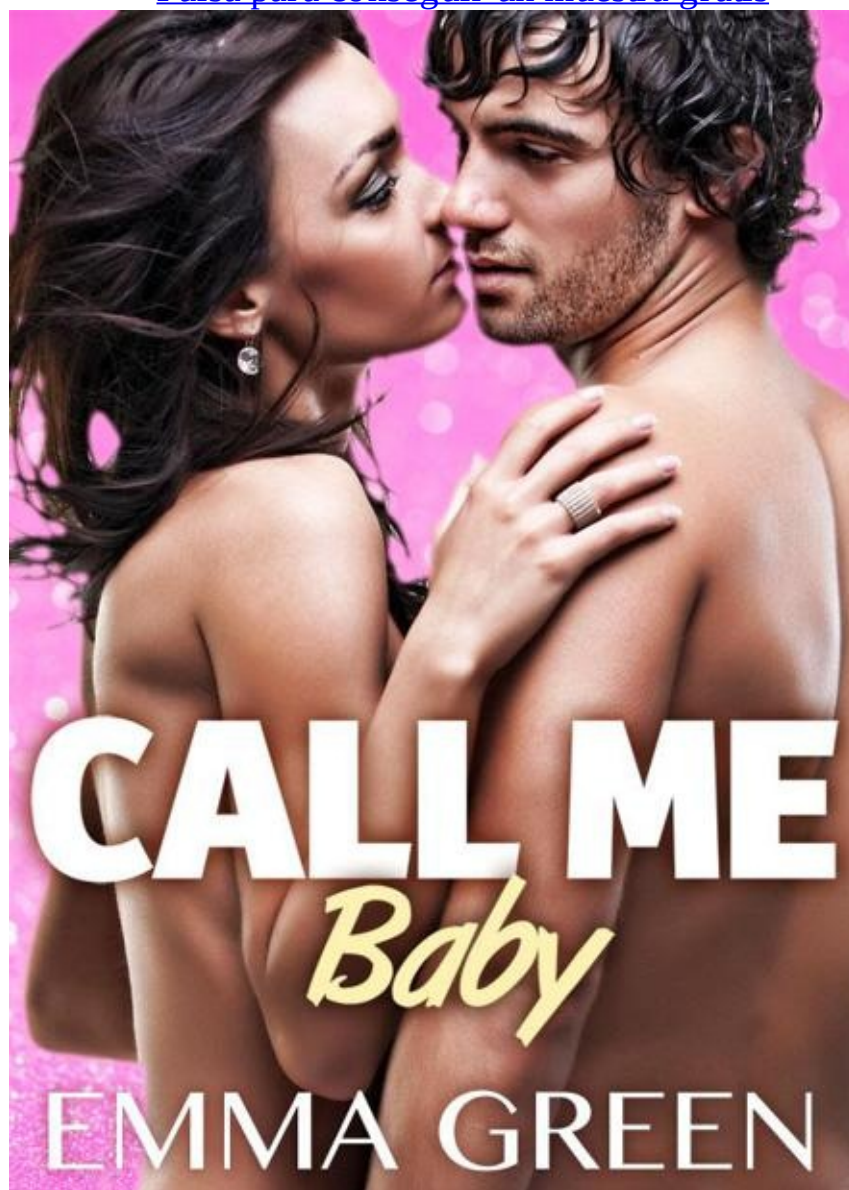
¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Call me Baby - Volumen 1

¡Emma Green golpea de nuevo! ***"Multimillonario busca niñera."*** Al llegar a Londres con su hermana gemela, Sidonie esperaba cualquier cosa menos convertirse en la niñera de Birdie, la pequeña hija caprichosa del riquísimo Emmett Rochester. La joven francesa acaba de perder a su madre, su nuevo jefe llora a su mujer, desaparecida dos años antes en un violento incendio. Maltrechos por la vida, estos dos corazones marchitos se han endurecido. Su credo: para ya no sufrir más, es suficiente con no sentir nada. Pero entre ellos la atracción es fatal y la cohabitación se anuncia... explosiva. Objetivo número uno: no ser el primero en ceder. Objetivo número dos: no enamorarse. ¿Cuál de los dos flaqueará primero?

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



© EDISOURCE, 100 rue Petit, 75019 Paris
July 2016
ISBN 9791025732038